

Una hacienda a fines de siglo: Las Casas de Quilpué*

José Bengoa

Investigador de SUR, Centro de Estudios Sociales

En esta monografía o estudio de caso pretendemos describir la vida, trabajos y funcionamiento de una hacienda. Y a través de ella, queremos desentrañar cómo vivían, qué hacían los diversos personajes de la sociedad de la época: los propietarios, los trabajadores. Allí en las haciendas se fueron gestando las clases sociales del siglo xx. Pero quizá más importante aún: allí se gestaron los inconscientes de la cultura: los sistemas de poder y subordinación; los arquetipos permanentes respecto al trabajo, a la familia, a la moral, a lo bueno y lo malo; en fin, las bases culturales de la sociabilidad.

La hacienda Quilpué es un espacio privilegiado para el estudio, pues además de mostrarnos la estructura hacendal de la época, nos relaciona con la burguesía mercantil y financiera de Valparaíso, que en esos años entraba a un nuevo ciclo de prosperidad.

Mil ochocientos noventa y dos fue un año importante. Terminaba la Guerra Civil, comenzaba un nuevo período de la historia del país. Casi cuarenta años —hasta la crisis de la década del treinta— en que Chile contó con enormes riquezas. Fue el tiempo dorado de la oligarquía y también el comienzo de su decadencia. En Santiago habían ocurrido graves trastornos; en cambio en las haciendas y fundos de la zona central todo seguía igual. Nuestro estudio se sitúa en ese año y los dos siguientes.

La historia del siglo xx puede ser leída como un gran esfuerzo de transformación y cambio de esa base social, económica y cultural de corte agrario y hacendal que vamos a analizar en este trabajo. Más de cincuenta años costó que la clase dominante se sacara su pesada carga rentística agraria y se transformara en burguesía ciudadana. Aún no sabemos si el cambio ha ocurrido plenamente. Lo mismo se puede decir de los sectores populares. Durante décadas la clase obrera ha luchado por constituirse fuera del espacio moral y cultural hacendal. La sociedad urbana, en fin, ha tratado persistentemente —y tememos que infructuosamente— de secularizar las relaciones de sociabilidad y democratizar las estructuras de la vida cotidiana. A fines del siglo xix, una parte muy significativa de la población vivía, trabajaba o estaba relacionada con las haciendas. Esta situación se mantuvo sin cambios hasta los años treinta. A partir de entonces comenzó una lenta crisis de la agricultura hacendal, que culminó en los años sesenta con la intervención urbano-estatal y las reformas en el campo: la abolición de la hacienda y el inquilinaje.

Hemos querido rescatar los nombres de los inquilinos, sus salarios, sus rangos y oficios. Nos parece que al hacerlo nos acercamos a una lectura más humanizada de la historia. Fueron esos inquilinos y peones los que construyeron la agricultura del

* Ponencia presentada al Seminario "Sociedad Agrícola y Minera Chilenas en la Literatura y en la Historia", del Departamento de Historia de la Universidad de Santiago, julio 1989.



ENTRADA A LA HACIENDA LAS CASAS DE QUILPUE
Fotografía del autor (1989)

Valle Central de Chile, su paisaje y riqueza, que nos dura hasta ahora. Bien vale recordarlos por sus nombres.

La descripción que hacemos va demostrando, discutiendo y rebatiendo las tesis agrarias más comúnmente sostenidas. Nos parece un diálogo útil.

Hemos podido realizar este trabajo en buena medida gracias a mi amigo Ramiro Droguett, quien encontró en una casa campesina los viejos libros de la hacienda Las Casas de Quilpué.

1. LOS PROPIETARIOS

Quilpué representa un modelo de hacienda de fines del siglo pasado. Ubicada a pocos kilómetros de San Felipe, en las mejores tierras de uno de los mejores valles del país —el del río Aconcagua—, nos habla de la mejor agricultura del momento.

Sus propietarios no procedían de las antiguas familias oligarcas y conservadoras, tan vilipendiadas por la historiografía liberal. No eran ni grandes “señores y rajadiablos”, ni tampoco “patrones de horca y cuchillo”. Por el contrario. Provenían de las oleadas europeas posteriores a la Independencia, los primeros banqueros del país, los primeros editores de diarios, y nada menos que del diario *El Mercurio*, símbolo de la burguesía mercantil porteña: los Edwards. Era la propietaria en esos años (1892-95) doña Juana Ross de Edwards, la gran benefactora y filántropa de Valparaíso. Con posterioridad a los Edwards, la hacienda pasó a propiedad de don Arturo Lyon Peña, miembro de una familia emparentada y ligada comercialmente a la anterior. Los Lyon, además de dedicarse con pasión a los caballos de carrera, incursionaron en el Parlamento de la República, para hacer valer sus puntos de vista. En los papeles de la hacienda aparecen los nombres y apellidos de la vieja burguesía mercantil de Valparaíso: McClure, Eastman, Meissner, Ross, Edwards, Lyon, etc.

Estamos, por tanto, frente a una “hacienda-burguesa”, podríamos bromear, ya que sus propietarios eran lo más alejado —en nuestra clase alta chilena— de la oligarquía retardataria y conservadora.

Esta peculiaridad de sus propietarios nos ha entusiasmado en el estudio de esta hacienda. Quisimos ver si había diferencias con el resto de las haciendas del país; si efectivamente el carácter capitalista-burgués-mercantil de sus propietarios afectaba la estructura agraria hacendal y la sociedad rural.

No era, tampoco, la única hacienda de esta familia. No pareciera ser fácil explicar por qué estos mercaderes y banqueros de Valparaíso tenían en 1892 tantas propiedades agrícolas. No parece fácil tampoco responder acerca de la importancia de estas propiedades en la totalidad de sus negocios.

Doña Juana Ross de Edwards era propietaria de Quilpué, aunque su hijo, don Agustín Edwards Ross, administraba los negocios. Era también propietaria de la hacienda Ucuquer, ubicada en Llay Llay. Esta hacienda tenía un avalúo de 330 mil pesos, un cuarto del de Quilpué. Don Agustín era propietario del fundo Los Nogales en la comuna del mismo nombre. Esta era una gran propiedad avaluada en 1 millón 200 mil pesos. En la misma localidad tenía otro fundo denominado La Peña, avaluado en 600 mil pesos. En la comuna de Quillota tenía otra propiedad de 625 mil pesos de avalúo, denominada hacienda o fundo San Isidro. En Quillota, también, doña Juana Ross era propietaria de un fundo pequeño o chacra denominada Las Cruzadas. Estas haciendas estaban cercanas a Valparaíso, centro de sus actividades comerciales.¹

En la comuna de Nancagua, cerca de San Fernando, se encontraba la hacienda Nancagua, también de propiedad de doña Juana Ross. Había mucha relación entre

1. En Santiago poseían un fundo llamado Cintura, en la comuna de San Miguel, posiblemente como una forma de especulación territorial. No lo consideramos entre las propiedades agrícolas.

esta propiedad y Quilpué, como se verá después, ya que participaban de un mismo sistema hacendal: traslado de animales, productos, etc. Esta hacienda estaba avaluada en 466.830 pesos en 1894.²

Se podría pensar que el negocio financiero, especulativo, hipotecario, era tan grande —como lo ha demostrado Bauer—, que en él radicaba el interés de estas familias por comprar tierras. Otros, como Vial, le dan más importancia al prestigio que otorgaba la tierra, y en esta razón de orden sociocultural buscan la explicación de que estos no-agricultores se hicieran parte de los negocios agrarios. Seguramente es una combinación de estas explicaciones, y de muchas más.³ Como más de alguien ha sugerido, en esos años no había muchas alternativas de inversión productiva, y la inversión agraria puede ser pobre, pero es segura.

Sin embargo, en la lectura de los papeles de la hacienda podemos ir viendo que los propietarios, por ejemplo, estaban interesados por lo que ocurría con la política local. Todos los meses la caja de la hacienda suscribía la mantención de la banda de música de San Felipe, un club filarmónico y varias otras obras sociales. El propietario daba dinero para las elecciones, y los egresos están anotados convenientemente en el libro de caja. La señora Juana pagaba un estipendio a los frailes del convento del Almendral en San Felipe. Se organizaban manifestaciones políticas y se aportaba con la gente del fundo. Por tanto, a la familia Edwards —de alguna manera que no sabemos apreciar adecuadamente— le interesaba, también, lo que ocurría en la política local de San Felipe.

Estos propietarios actuaban en el campo con el estilo de todos los agricultores del país. Participaban en las contiendas locales, trataban a la mano de obra de manera semejante, no establecieron ningún cambio en las relaciones tradicionales de la hacienda: en Quilpué operó el inquilinaje plenamente, y en su forma más antigua y primitiva; se trabajó con peones y se fue igualmente estricto con ellos. La hacienda cumplía labores de policía y los patrones o administrador, de jueces. La producción

2. El total de los avalúos de las propiedades agrícolas de los Edwards en 1892-1894 alcanzaba a 5.249.938 pesos. Eran pesos de 18 peniques, esto es, la tasa cambiaría con la libra esterlina. Para poder comparar estas cifras, señalemos que el presupuesto de la municipalidad de Valparaíso fue en ese año de 1.775.421 pesos, y el de la municipalidad de Viña del Mar, 100.402 pesos; que el empréstito para hacer el lago Peñuelas, que surtía de agua a Valparaíso, fue aproximadamente de dos millones de pesos. Habría que agregar que los avalúos fiscales estaban muy alejados del valor comercial de las propiedades.

3. Arnold Bauer, *Chilean Rural Society, from de Spanish Conquest to 1930* (Cambridge, 1975), Capítulo 4: "Capital, credit and technology in the rural economy", 91 y ss., acerca de las operaciones de la Caja de Crédito Hipotecario. Nos parecen conclusivas las ideas allí planteadas. Gonzalo Vial, en su *Historia de Chile, 1891-1973*, 3ª edición (Santiago, 1984), Capítulo 7: "Economía: Tierra e inflación", dice: "Las personas que alcanzaban la fortuna por cualquier vía, se apresuraban a 'decorarse' con un fundo, el cual subrayaba el éxito obtenido. Banqueros como los Edwards y Subercaseaux; mineros como los Ossa ..., abogados como Julio Zegers ..., poseían también importantes inmuebles agrícolas. Para ellos, zera esa propiedad, ese fundo una forma de vida? ¿Les daba su renta única o principal?" A continuación —después de haber hecho estas preguntas tan pertinentes—, el autor las emprende contra las tesis anti-agricultores; dice que no se sabe el peso de los agricultores en el Congreso y, por tanto, su influencia; dice que la inflación beneficiaba o perjudicaba a diversos sectores y que, en consecuencia, los agricultores no tendrían intereses definidos; dice que Chile era un país sin industria, olvidando relativizar este asunto hoy día bastante investigado; y finalmente, defiende a los agricultores de la vieja acusación de explotación a los campesinos, señalando que "es muy difícil precisar la remuneración efectiva ganada por los trabajadores de los fundos", y dejando en la duda la afirmación de que ganaban muy poco salario y tenían ingresos bajos. Dice en sorna que sería tarea de romanos establecer cuánto ganaba un campesino. El carácter polémico hace interesante este texto, pero lo parcializa demasiado. Es evidente que el ansia de "decorarse" con un fundo no puede ser la única explicación de que la familia Edwards tuviera tantas propiedades. Se podría pensar que para "decorarse" sobraba con un "decorado" fundo cerca de Valparaíso. Los millones en tierras no sólo deben haber sido "decoración". Lo mismo es válido para el alegato de la página 436 sobre los créditos hipotecarios; aunque no cita a Bauer, discute su tesis, tratando de salvar a los agricultores con argumentos demasiado complicados frente a las cifras contundentes que año a año entregaba la Caja de Crédito Hipotecario.

agrícola, siendo de mucha calidad, tampoco era demasiado diferente a la del resto de las haciendas del valle. El caciquismo local también operaba. En fin, no hay elementos estructurales de importancia que diferencien a esta hacienda del resto de la agricultura del país.

Los Edwards vivían en Valparaíso y visitaban el predio de tarde en tarde. Eran los típicos propietarios "ausentistas". Muchos historiadores han culpado a esos "nuevos propietarios" de todos los males de la agricultura, justamente por iniciar el mal del ausentismo rural.

Esta es una tesis que es necesario precisar: los propietarios agrícolas de provincias, especialmente del sur, no eran ausentistas; por lo general vivían o pasaban largas temporadas a cargo de su campo, en forma directa. En Talca, sin embargo, ya a fines de siglo se combinaba el campo con la habitación urbana. Por la cercanía, había más presencia del patrón en el campo. Pero en la zona central, y especialmente en Santiago, desde mitad de siglo pasado, el ausentismo fue la norma. La familia del propietario vivía en Santiago todo el año y sólo iba a la hacienda en el verano, para las vacaciones y las cosechas. El ferrocarril permitió ampliar esta relación. Por lo tanto, el carácter ausentista de estos "nuevos propietarios" era quizá sólo un poco más acentuado que el término medio, pero no era una excepción.⁴

Podemos adelantar la conclusión. Este caso es una prueba "contrario sensu" de la estabilidad del latifundio en la zona central de Chile. Ni siquiera los propietarios de este tipo podían provocar cambios sustantivos. Era un sistema que se había perfeccionado de tal modo que poseía una fuerza y cohesión internas muy grandes. No es por casualidad, por lo tanto, que vaya a durar hasta 1965-73, en que recién la acción del Estado, urbanizado totalmente, lo va a destruir.

La vieja, y no por ello resuelta discusión acerca del carácter de la oligarquía, de la agricultura y, por ende, de lo que se ha denominado "revolución burguesa" en el Chile del siglo pasado, puede verse enriquecida en el análisis de un caso como éste. Un sector de burguesía mercantil ("químicamente pura"), al hacerse parte de los negocios agrícolas, no logra (ni intenta quizá) cambiar su estructura, sino que se adapta a ella. Lo moderno y lo tradicional, no eran necesariamente contradictorios.

2. LA PROPIEDAD

En 1874 se reevaluaron todas las propiedades agrícolas de Chile. Se estaba en pleno "boom agrícola", como se diría hoy día. Las exportaciones de trigo habían sido firmes y crecientes durante toda la década del sesenta y habían transformado el paisaje del campo del Valle Central. En la nómina de las mejores haciendas del país, según el avalúo realizado, la hacienda Quilpué, como se llamaba en esa época, propiedad de don Tadeo Reyes, ocupaba el número 14. Producía una renta estimada de 23.700 pesos

4. En nuestra *Historia social de la agricultura chilena* analizamos largamente este punto. Desde la época colonial no existió un "agricultor químicamente puro". Los ricos de Chile combinaban la agricultura, los negocios especulativos, el comercio y la política. Desde un Ahumada en el siglo XVII hasta un Agustín Edwards, hay un patrón de acumulación y reproducción similar. La necesidad de tener muchas actividades a la vez, en diversas áreas, dice con la pobreza relativa de este país, y con la presencia predominante del Estado y la política en todas las esferas de la vida nacional. La tesis de que hubo —en un ante nunca precisado— buenos agricultores, y llegaron después malos propietarios ausentistas, no tiene asidero histórico.

y por ello debía pagar como contribuciones anualmente al fisco, la enorme suma de 2.133 pesos.⁵

Veinte años después (1896), Quilpué era la propiedad más rica de la provincia de Aconcagua, y quizá una de las más valiosas de Chile.⁶ Su valor se estimaba en 1 millón 700 mil pesos, lo que comercialmente equivalía a mucho más.⁷ Había sido adquirida unos años antes por la familia Edwards de Valparaíso.

La hacienda poseía en ese período 3.920 hectáreas y estaba ubicada a escasas diez cuadras de la plaza de San Felipe. Limitaba naturalmente por el sur y por el norte con el estero denominado también Quilpué, y con los cerros que van a dar a Jahuel. Este lugar, conocido por sus termas, tenía relaciones estrechas con la hacienda, y muchas veces perteneció a los mismos propietarios. Los límites hacia el norte y el poniente eran menos precisos y no marcados por determinaciones geográficas. Las pequeñas propiedades de Encón y Los Capadores, limitaban con la hacienda.⁸

Había 1.068 hectáreas de riego; el resto eran lomas, secano y cerros. Los canales habían sido construidos antes de los años cincuenta; el canal Quilpué salía del río Aconcagua y servía exclusivamente a la hacienda. Esta pagaba un jefe de canal y un ayudante, que estaban a cargo de mantenerlo en perfecto estado. Tenía la hacienda también derechos de aguas sobre los canales de Encón y de Herrera.

En 1892, fecha de nuestro estudio,⁹ la propiedad poseía numerosas edificaciones, tales como galpones, bodegas, talleres, lecherías, un gran galpón de pastaría donde se había instalado una de las dos máquinas de aprensar pasto (enfardadoras) llegadas a fines de los años ochenta. Las casas de la hacienda eran antiguas, de adobones y corredores de tejas. Eran las llamadas "casas viejas", que se habían construido seguramente en el siglo XVIII y modificado o arreglado en el siglo siguiente. En 1882 comenzó a prepararse el terreno y las fundaciones para otra edificación,

5. "Las propiedades rústicas de Chile". Cuadros y datos publicados por el *Boletín de Agricultura* 6, no. 16 (5 de junio 5 de 1876): 410 y ss. Como dato de interés para los especialistas, señalemos que el fundo más valorado de la época era Catemu, ubicado también en Aconcagua, comuna de Putaendo, y propiedad de la familia García Huidobro; lo seguía el fundo Codao, ubicado en Rancagua y propiedad de Recaredo Ossa; Limache, de José Tomás Urmeneta; Viluco, de Rafael Larrain Moxó, Presidente de la Sociedad (Nacional) de Agricultura en ese entonces; en séptimo y decimoprimer lugar se encontraban los fundos de la familia Ovalle, Micahue y Longotoma, en Petorca; en noveno lugar se encontraba el fundo Colchagua, de D. Federico Errázuriz. En el número veintiuno se encontraba la hacienda San José del Carmen (del Huique), en el entonces departamento de Caupolicán, hoy día provincia de Colchagua, estudiada por el profesor A. Bauer.

6. Catemu, la propiedad más rica en la década del setenta, había resistido a la subdivisión. A la muerte de D. Borja García Huidobro se dividió entre sus familiares, quedando —como es típico en todo Chile— las haciendas de Catemu Alto, Catemu Bajo y varios fundos más, de partes de la antigua hacienda. A fines del siglo encontramos siete propiedades producto de la antigua propiedad amayorazgada.

7. Para dar alguna idea de comparación, digamos que el avalúo en ese mismo año de la Población Vergara en Viña del Mar era de 295.800 pesos; el avalúo de la hacienda Limache, propiedad de la familia Eastman, de 606.684 pesos. El único predio de similar avalúo era el de Panquehue, que hasta hoy representa una de las tierras más ricas del Valle de Aconcagua.

8. Las grandes haciendas, como es bien sabido, fueron creando a su alrededor —desde la Colonia— áreas de pequeña propiedad, como una forma de proteger sus deslindes de salteos, cuatrismo, etc., y de proveerse mano de obra rápida, abundante y cercana para los períodos de necesidad. Sobre la relación entre latifundio y minifundio se puede ver en especial a Rafael Baraona et al., *Valle del Putaendo. Estudio de estructura agraria* (Santiago, 1960). Sobre este tema nos referimos en nuestro trabajo *Historia social de la agricultura chilena*, Tomo I: *El poder y la subordinación* (Santiago, 1988). Más adelante se verá que los pequeños propietarios de los alrededores establecían arrendamientos para chacras con la hacienda. Esta se servía de esos chacareros para tener productos para la "despensa".

9. Todos los datos son del libro de caja de la hacienda Quilpué, años 1892-1895. Cuando no se indique la fuente, se entenderá que es proveniente de estos libros. Datos complementarios se han tomado de la prensa de la época y de diversas informaciones.



"LA REFORMA AGRARIA LA ENCONTRO YA DERRUIDA ..."

Fotografía del autor (1989)

denominada "casas nuevas". Efectivamente, durante más de quince años se fue construyendo el ostentoso palacio de Quilpué, uno de los edificios más espectaculares y prosopopéyicos del campo chileno. Fue iniciado por don Agustín Edwards Ross y terminado por don Arturo Lyon Peña, el propietario del predio a partir de comienzos de siglo.¹⁰

En definitiva, el corazón de la propiedad estaba en 1892 formado por un conjunto abierto de casas y bodegas, talleres y corralones, que formaban un núcleo en torno al cual giraba la vida de la hacienda.¹¹

Este conjunto enorme de casas y construcciones tenía una larga historia colonial. El poblado de pequeños agricultores de Encón y la hacienda de Quilpué aparecen censados en 1813, con un total de 903 almas.¹² Este Censo, con todas las imperfecciones conocidas, nos señala la existencia de 98 inquilinos, 7 esclavos negros (y dos mujeres negras) y un total de 33 indios hombres y 101 indias mujeres, posiblemente del poblado de Encón. Casi un siglo después, en el Censo de 1895, el distrito de Quilpué aparece con 1.536 personas, de las cuales sólo 300 declaraban saber leer y escribir y sólo 48 (niños) asistían a la escuela. En 1907 la población de la localidad había disminuido un poco, siendo de 1.446 personas, y el fundo Quilpué tenía en su interior 763 personas.¹³ Podríamos, por tanto, establecer que para 1892, fecha de nuestro estudio, la población de la hacienda sería de unas 800 personas aproximadamente.

En 1892, la mayoría de las casas de inquilinos eran los usuales ranchos de quinchá y paja que se acostumbraban en el campo. En el libro de caja aparecen las compras de totora para retectar, mejorar y cubrir nuevas posesiones de inquilinos. En esos años comenzó la construcción de casas más sólidas, para lo cual se inició una obra de ladrillos y tejas, que serviría tanto para las nuevas casas como para las casas mejoradas de los inquilinos. Esta tendencia a mejorar la vivienda campesina va a acentuarse a comienzos de siglo, en que el debate por la "vivienda obrera" se expandirá desde las ciudades a estas zonas más "modernas" del campo. En 1910 ya había cuarenta posesiones de inquilinos con casas de teja, muchas de las cuales aún se pueden observar en el campo.

La hacienda Quilpué era, como se ha visto, una gran propiedad, firmemente establecida, claramente delimitada, con población numerosa y estable por generaciones; poseía además población circundante relacionada desde siempre con la hacienda, lo que le facilitaba los trabajos. Los derechos de agua también le eran abundantes. Tenía plantaciones de viñedos de tiempos inmemoriales, arboledas antiguas, callejo-

10. La historia de estas "casas" podría ser objeto de otra monografía. La suntuosidad se puede observar incluso hasta el día de hoy, a pesar del deterioro casi total en que se encuentran. Pensamos que son un símbolo del latifundio chileno. Una gran entrada, con rejas de dibujos curiosos, daba a un parque diseñado especialmente por algún decorador paisajista europeo; muchos cipreses, paseos y fuentes, le daban un aire mediterráneo, de un extraño y trasplantado palacio italiano. Contrastaba este estilo con el aire inglés que le tratoran de imponer los propietarios, y sobre todo con la influencia del arquitecto Josué Smith, quien tuvo un tiempo a cargo las obras. Este arquitecto construyó el Club Hípico de Santiago. El parque poseía más de seis hectáreas y estaba ricamente ornamentado. La casa fue lugar de grandes fiestas y recepciones en la "belle époque" riolita. En los "años de la decadencia" también comenzó a decaer. La Reforma Agraria la encontró ya derruida, y pasó a convertirse en escuela para los niños del asentamiento. Finalmente, durante este último tiempo de gobierno militar, fue rematada y dejada en el olvido. En los últimos años de "libre mercado", una sociedad inmobiliaria la ha destruido para sacar el "pino oregón" de sus vigas.

11. En este siglo se dividió la antigua hacienda de Quilpué, dando paso a varios predios; el núcleo del predio conservó hasta el día de hoy el nombre de "Las Casas de Quilpué". Este tipo de toponimia es típica en la zona central. Véase Mario Góngora y Jean Borde, *Evolución de la propiedad rural en el valle del Puangue* (Santiago, 1956), 167. Señala el caso de hijuelaciones en Puangue: Las Casas de Puangue, Las Casas de San José, etc.

12. Archivo Nacional, *Censo de 1813* (Levantado por don Juan Egaña) (Santiago, 1953).

13. *Censo de la República de Chile*, 28 de noviembre de 1907.

nes cercados de tapiales y un conjunto de recursos que se habían acumulado por generaciones. Sus predios combinaban tierras de regadío y de rulo, donde se podía engordar animales, dar talajes a los inquilinos, etc. En definitiva, se trataba de una propiedad privilegiada.

3. LOS TRABAJOS DE LA HACIENDA

a) Multiproducción y autosuficiencia

La revisión de los libros de Las Casas de Quilpué permite reconstruir aproximadamente su funcionamiento. Sorprende el conjunto de actividades productivas que allí se realizaban. Era una especie de gran enjambre manufacturero, una gran fábrica multiproductiva con un alto nivel de autosuficiencia. Se producía de todo lo que uno pueda imaginar, y esa producción permitía el funcionamiento interno y la alimentación de toda la población en forma autónoma con respecto al exterior.

La hacienda aparece como una sociedad local compleja, donde se daban procesos productivos agrícolas, manufactura de productos, procesamiento de alimentos, relaciones laborales y sociales de todo orden, fiestas, vida y muerte. Los hechos que allí ocurrían daban vuelta con el curso del año, en una relación circular y estrecha con los tiempos naturales. Es el viejo tema agrario de "los trabajos y los días". Cada día, cada mes, "se hacen" determinadas actividades. La naturaleza plantea el ritmo. Los libros de cuentas interminables se interrumpen de vez en cuando con una nota que señala la entrega de un dinero para el entierro de un inquilino.

En la hacienda Quilpué se producía de todo. En 1892, lo más importante seguía siendo el trigo. Era "la industria", como se decía, privilegiada. Casi ochenta cuerdas anuales se sembraban. Una multitud de trabajadores se encargaba de su cosecha, aunque ya se estaba usando maquinaria de vapor para trillar y enfardar la paja. Las trillas más antiguas deben haber constituido una fiesta para toda la comarca. El trigo se enviaba directamente a Valparaíso, para ser exportado por las casas comerciales dedicadas a este rubro.

El otro producto de importancia con fines comerciales era el pasto aprensado, o colisas de alfalfa. Se habían incorporado máquinas enfardadoras en los años ochenta, y la producción de la hacienda era muy estimada en Valparaíso y Santiago, por su calidad. Recordemos que la movilización en las ciudades era de tiro animal, por lo tanto se requería de este "combustible" básico. Las haciendas más modernas eran las que lo producían.

Junto a estas dos "industrias", había un sinnúmero de siembras, producciones, actividades agrícolas menores. La viña y la preparación de chichas, chacolies y aguardientes era desde antiguo muy estimada. Hasta 1892 no había aún producción de vino de marca. En esos años el propietario trajo al viñatero francés Jerónimo Cherblanc para mejorar la calidad del producto. Sin embargo, la hacienda no se especializó en la viñatería. Junto a esta actividad, estaban las chacras, propias y arrendadas; el huerto de las casas del fundo, que proveía de hortalizas; el olivar de donde se producía aceitunas en barriles; varios huertos frutales, destacándose uno de los primeros parronales de uva de mesa de la región y del país.¹⁴ El cáñamo, que en la región es muy importante, se producía y se vendía a la Fábrica de Jarcias de San Felipe.

La engorda y crianza de animales seguramente era tan antigua como la misma hacienda. Las existencias eran variables, pero se observa en los libros un permanente

14. Esta hacienda fue una de las primeras que exportó uva a Estados Unidos en la década de 1910. En la Exposición de Agricultura de 1917 sacó el primer premio por la calidad de sus frutas.

movimiento de ventas, tanto de vacunos como de ovejunos. La hacienda fue tradicionalmente afamada por sus caballos, y en el período que estamos analizando se percibe una especial preocupación por mejorar la raza. Años más tarde, al pasar a manos del señor Lyon, se transformará en un criadero de caballos de carrera, y ésta será su principal actividad.

Charqui, huesillos, aceitunas, carbón de espino, maderas, leña, cueros de oveja curtidos y diversos otros productos manufacturados salían de la hacienda y eran parte de las ventas que van apareciendo en el curso diario. Había además fragua, taller de herramientas, y todo lo necesario para fabricar y reparar los utensilios de trabajo requeridos. En 1892 contaba con un taller mecánico manejado por don José Hollman, inglés, a cargo de las maquinarias y motores. Los albañiles y carpinteros hacían las casas y construcciones; don Santos Canto dirigía la carpintería del fundo; los pircadores, al mando de don Eugenio Ibacache, inquilino también, estaban encargados de construir permanentemente las pircas que cercaban potreros y deslindes. La "obra" de ladrillos y tejas, a cargo de don Lindor Córdova, producía para los arreglos de casas y construcciones. Se traía el guano de los corrales para combustible y la leña necesaria. Y así se desarrollaban decenas de oficios especializados.¹⁵

La hacienda Quilpué funcionaba como un gran engranaje en que se combinaba la agricultura comercial, los productos para ser vendidos y los destinados a la comida de los trabajadores; la producción para alimentar y servir a las casas del fundo, y la de los propios inquilinos en sus regalías y huertas; los animales de la hacienda y los de los inquilinos; el procesamiento de frutas, chichas y otros productos; la fabricación de herramientas y la construcción de casas, etc. Seguramente en tiempos más antiguos la autosuficiencia era aun mayor.

La incorporación de maquinaria después de la Guerra del Pacífico comenzó a exigir insumos de fuera de la hacienda. Los locomóviles llegados a Quilpué en 1882, para mover trilladoras y enfardadoras, exigían la compra de carbón de piedra proveniente de Lota, y repuestos para sus motores. En los períodos de cosecha se enviaba desde Valparaíso un carro quincenal de ferrocarril cargado de carbón procedente de las minas de Lota. La casa comercial Saavedra y Benard era la encargada de enviarlo. En 1892, la maquinaria y el combustible eran los únicos insumos externos a la hacienda; todo el resto era autoproducido en su interior, o intercambiado con otras haciendas de los alrededores.

b) Las estaciones y las faenas

En mayo comenzaba propiamente el año agrícola. De acuerdo a los libros de caja, han terminado las cosechas, la vendimia ya está concluida y el trabajo de las bodegas concentra a casi treinta trabajadores, entre encargados y peones.¹⁶ El 1 de mayo se ha hecho un depósito de 5.785 pesos al Banco de Valparaíso, producto de ventas de las primeras chichas.

15. La vieja tradición jesuita no puede menos que resonar en esta visión de las haciendas de fines del siglo. Los jesuitas, inspirados en las antiguas tradiciones latinas, reinventaron en América un tipo de factoría-comunidad que tenía por objeto civilizar-cristianizar. Se trataba de misionar sobre los indios o gente local, transformándolos en ciudadanos de pueblos, miembros de la Iglesia y de la sociedad de la época. Para ello montaban un engranaje de actividades fuertemente autosubsistentes, multiproductivas, donde se combinaba la producción primaria con el arte, la artesanía o elaboración de los productos. La hacienda modelo fue Calera de Tango, como es bien conocido. Sobre el origen latino y jesuita, véase nuestra *Historia social* ...

16. El 16 de mayo de 1893 se pagaron los saldos adeudados a la gente que hizo la vendimia desde el 10 de abril al 11 de mayo, que eran cuarenta y dos peones. Se pagaron 1.221,02 pesos. Equivalía a un peso diario por peón forastero. En la mayor parte de los casos los peones eran acompañados en su trabajo por mujeres y niños, que iban comprendidos en la paga general.

El mayordomo del fundo comenzaba a comprar productos para completar "la despesa", con la que se proveerá la cocina de las casas y la comida de los peones. Se compraban porotos a los chacareros, se arreglaban las medierías, se guardaban cebollas, zapallos, ajíes, etc. El señor Clavijo, de Llay Llay, a quien se le vendían animales, proveía de grasa, ají de color y otros productos necesarios para la ración diaria de porotos que el fundo entregaba a los peones.¹⁷

En el mes de mayo el mayordomo *cobraba* "los arriendos" a los inquilinos, los que ya habían vendido sus cosechas y abonaban parte del pago por "la posesión" que se les otorgaba, según una vieja costumbre que aún subsistía en Quilpué.

Las actividades ganaderas eran también importantes en mayo, ya que se bajaba y "rodeaba" a los animales que habían pasado el verano en los cerros, se apartaba las crías, etc.

En junio continuaban los despachos de chicha y chacolí a Valparaíso y Santiago, y un equipo de cargadores llevaba colisas de pasto a la estación para ser despachadas por ferrocarril. El sota a cargo de los cargadores recibía un salario de 0.40 pesos diarios; los cargadores y carreteros, 0.20 pesos; y 0.15 pesos el resto.

c) El invierno en la hacienda

Numerosas actividades de preparación de faenas se iban haciendo al comenzar el invierno. Se le mandaba gente al juez de río para que se hiciesen las limpias de las bocatomas y canales;¹⁸ se le compraba plantas de álamo a don Manuel Oliva, al parecer pequeño agricultor, para las alamedas de los caminos. Había una costumbre ya adquirida en la hacienda, de plantar todos los años entre tres mil y cinco mil nuevos árboles, en caminos, cierros de potreros, etc. Hasta el día de hoy vemos los paisajes acongañinos cercados de alamedas y arboledas. A don P. Lazzano se le encargó la doma de varios caballos, por lo cual recibió 40 pesos. Se amansaron las yeguas "Coipa", "Estrella", "Ballita", "Cuerva" y "Golondrina", y los caballos "Salteador", "Coral", "Chucho" y "Número". Cada caballo en la hacienda llevaba su nombre claramente identificado. No han existido caballos anónimos en Chile.

A don Bernardo Cabello se le nombra sota de los aradores de la viña, de su poda y arreglo, por lo cual se le pagaba un sueldo especial de 1.25 pesos diarios. Esta era una viña del país de 28 hectáreas, vieja pero en muy buen estado. En ese mismo año se estaba plantando una viña de uva de mesa, y otra parte de cepas francesas para aumentar esta producción.

Los libros registran el envío de regalos y productos a la familia, que ya estaba en la ciudad. A doña Juana Ross de Edwards, propietaria del predio y conocida filántropa de Valparaíso, se le enviaron dos barriles de las aceitunas recién preparadas. Se le envió a Valparaíso dos paquetes de plantas de fresones que había mandado pedir, para plantar en su quinta. Ese mismo año (1892) se hizo un flete con dos barriles de la apreciada chicha del fundo al Presidente Montt, recién asumido después de la Revolución del año anterior. (Flete del 11 de julio de 1892). Como se sabe, Edwards fue monttista y partidario del Congreso en la Revolución. La hacienda tenía relaciones estrechas con La Moneda.

17. Aparecen los siguientes tipos de cuentas bajo el rubro "despesa": Flete de veinte sacos de frangollo de Ucuquer. Compra a Francisco Shemann de 2.269 libras de frejoles a 4 pesos el quintal. Recibo de R. Clavijo por 148 libras de grasa que se le han comprado a 30 centavos. Flete por cien sacos de frejoles despachados de Manantiales (estación de ferrocarriles cercana a la hacienda Nancagua, de los mismos propietarios), etc.

18. Se pagaba del siguiente modo: "Diario • ocho peones, por cuatro días cada uno en la limpia del canal Herrera: 6.40 pesos". La limpia de canales es una tarea difícil e ingrata, sobre todo en invierno. Se la hacía con peones a razón de 0.20 pesos diarios. Se entregaba ración de frangollo.



CABALLERIZAS DE LA HACIENDA LAS CASAS DE QUILPUE,
TRANSFORMADAS EN CONVENTILLO
Fotografía del autor (1989)

También se hicieron regalos y pagos por los servicios prestados, al juez de aguas de San Felipe, a quien sin duda era importante tener contento, y al cura del convento El Almendral, "por venir a decir misas los domingos". Además de pagarle este servicio, se le ponía cochero. A los frailes que servían la capellanía, como se llamaba, les daba la hacienda productos y, de tanto en tanto, 100 pesos. Los Edwards no aparecen en la historia como del bando "católico", pero se atenían al uso acostumbrado.

El propietario renovaba las suscripciones a diarios y revistas que llegaban a la hacienda. Así, aparece la suscripción a la *Revista de Industrias*, que dirigía el señor A. Samit; al diario *El Ferrocarril*, de Santiago; a *El Mercurio*, obviamente; y a la *Libertad Electoral*. También se suscribía el diario local *El Aconcagua* y el *Boletín de Agricultura*, de la Sociedad Nacional de Agricultura.¹⁹

En agosto había una partida de peones dedicados a la corta de maderas de álamo y trabajando en el aserradero. En la volteada de un álamo se hirió un peón (el 1 de agosto) y se le pagó un peso a Pedro Lazcano por cuidarlo. Rosendo Cabello dirigía como sota la faena y ganaba 1.50 pesos diarios por esa función. Aparece ganando 0.50 pesos cuando las tareas no son tan complejas, o cuando no tiene responsabilidad. Cabello y Lazcano, según pareciera por los otros antecedentes, eran inquilinos de a caballo. El primero hacía de sota en las faenas delicadas y el segundo era un hábil hombre de confianza para "cosas de animales". Lo vemos ese mes a cargo de la amansa de los caballos, lo han enviado a cargo de un grupo de peones a dejar animales a Til Til, lo envían a buscar unos paquetes a la hacienda de Nogales, propiedad de don Agustín, etc. Es lo que se denominaba "un comodín".

Ese mes de agosto se envió la mayor cantidad de chicha al comercio, y se volvió a enviar un regalito de dos barriles a La Moneda. Salió también ese mes una partida de novillos hacia Llay Llay y continuó la venta de pasto prensado.²⁰ El 5 de agosto llegó una partida de 3.900 plantas de "barbecho de uva cuyana", por tren; el 8 de ese mes llegaron plantas de uva rosada y el 23, dos bultos más. Provenían de la hacienda de Nancagua, con la que Quilpué hacía intercambios permanentes, ya que pertenecía también a doña Juana Ross de Edwards.²¹

En los meses de invierno se trabajó en la fabricación de nuevas carretas para la próxima temporada. Don Exequiel Lepe estuvo a cargo de la construcción y se le pagaron 217 pesos por cinco carretas. Al carpintero don Rosauro Zapata se le encargó entablar la bodega de pasto y el jefe de carpinteros, don Santos Canto y sus oficiales Cataldo, Silva y Carrasco, trabajaron en la carpintería del fundo, en arreglos y reparaciones. Se aprovechó la ausencia de los propietarios para reparar las sillas de junco de la casa y hacer un estante para libros, todo lo cual hizo don Digno Acevedo, a quien se le pagaron 80 pesos por el mueble y 13.25 pesos por las reparaciones. La herrería recibió de Balfour y Lyon de Valparaíso diversas piezas de hierro para confeccionar los ejes y demás aparejos. Asimismo, ese mes de agosto se cambiaron "las

19. Las suscripciones a los diarios capitalinos costaban 10 pesos cada una, y la del diario *El Aconcagua*, 5 pesos. Por el *Boletín de Agricultura*, los tomos 17 y 18, atrasados, se pagó 10.10 pesos.

20. La venta de pasto se hacía a través de una casa de corrajes de Valparaíso. Donoso y Figueroa, compradores de pasto, recibían carros de ferrocarril directamente desde San Felipe. La estación quedaba a unas quince cuadras del fundo. En esos años la industria del pasto seco y enfarinado, en Chile, era muy importante; incluso se exportó a Europa. Para 1910 la producción nacional fue de 3 millones de quintales métricos de *alfalfa* y 240 mil quintales de *trébol*.

21. La hacienda Nancagua, de doña Juana Ross, estaba ubicada en la comuna del mismo nombre en el departamento de San Fernando. Quilpué intercambiaba sobre todo animales con esta otra hacienda, de acuerdo a las necesidades de pastos. El ferrocarril fue clave para permitir estas complementariedades a distancia.

tablas del techo del corredor frente a la oficina" y se contrató "al pintor J. Rivas por pintar el techo del corredor indicado". Todo este arreglo costó 39 pesos.

Como ya hemos dicho, en ese año continuaba la construcción de las "casas nuevas"; la faena estaba a cargo de don Hilario Zapata, a quien se le pagaba un sueldo mensual de 30 pesos. Las tablas de álamo que se estaban aserrando eran para esa construcción. Allí trabajaban varios albañiles, como don Baldomero Sepúlveda, que tenía a trato una parte de la construcción. Seguramente don Baldomero estaba a cargo de una cuadrilla de albañiles, siendo él el maestro principal. Esto porque la faena movía bastante dinero el 8 de octubre se le entregaron 140 pesos y el 22, 164 pesos. La cal que llegaba en tren está anotada aparte,²² por lo que deberían trabajar en las "casas nuevas" unos treinta trabajadores, a un uso promedio de medio peso diario, tomando en cuenta peones, oficiales y maestros.

Vamos viendo que en la hacienda se podía fabricar de todo; casas nuevas, cercos y tapiales, carretas, muebles finos, herramientas; era el tiempo de los oficios.

d) Las cuentas del mes de agosto de 1892

Los egresos de agosto de 1892 sumaron 16.648,72 pesos y los ingresos, 17.245,88 pesos, quedando un saldo en caja de 597,16 pesos. Los ingresos provenían de las ventas hechas a Valparaíso —pasto y chichas principalmente—, de ventas de animales en el fundo a 18 centavos el kilo de carne, de los pagos de arriendos de los inquilinos (casi simbólico) y otros ingresos no especificados.

Los egresos correspondían a gastos del fundo y remesas a la cuenta de doña Juana Ross de Edwards (5.600 pesos en agosto), y a los depósitos a don A. Edwards al Banco de Valparaíso. Ese mes fueron 6.229 pesos. Los costos de operación en un mes como agosto, de baja actividad, eran de 4.819 pesos. Para la lista semanal número 421, de pago de peones del 6 de agosto de 1892, se entregó al pagador, mayordomo o "alistador" Raimundo Prado, 531,40 pesos, y fue la más alta del mes. Con las otras listas, del 13, 20 y 27 de agosto, el pago mensual de salarios ascendió a 1.919 pesos, que con otros pagos atrasados hizo la suma de 2.024,29 pesos. Los gastos de la casa del fundo fueron ese mes de 292 pesos y los gastos generales de 89,60 pesos. El rubro más importante de gastos, después de la planilla de salarios, era el de los "socorros" o préstamos a los inquilinos, que en ese mes alcanzaba la cifra de 1.544 pesos.²³

La hacienda tenía pocos gastos; como se decía, "funcionaba sola": con lo que se vendía se pagaba a los peones, casi no se requerían insumos, todo se producía y el dinero que sobraba se le depositaba al propietario.

e) Fiestas Patrias y elecciones

En septiembre comenzaron a llegar por ferrocarril carros de animales provenientes de la hacienda Viluco, embarcados en la localidad de Linderos. Más de trescientos novillos para engorda. En esos días, como se acercaban las Fiestas Patrias, se contrató una banda y se desembolsaron 60 pesos para hacer una celebración. Se acercaban también las elecciones y el administrador del fundo, señor Carlos Segundo Hopfen-

22. El día 20 de septiembre de 1892 llegó un flete de ferrocarril con un carro de cal desde La Calera, Boletín no. 559. El flete costó 7,60 pesos. Como se ve, las tarifas ferroviarias eran muy bajas; se ha criticado que favorecían a los terratenientes. Vial (*op. cit.*, Tomo II, Vol. I, 431) discute este asunto. El lector puede sacar sus conclusiones con estos datos.

23. Los "socorros" o "adelantos" se entregaban muchas veces también a los "trateros" o trabajadores contratados según trabajo rendido. En general los carpinteros, albañiles, pircadores, etc., trabajaban de este modo.

blatt, sacó "190 pesos para gastos electorales". Se registran también fuertes pagos personales de don Agustín Edwards a don Elías Foncea de Los Andes (1.500 pesos), a don Mateo Balt de Putaendo (2.500 pesos) y a don Clodomiro Mujica de San Felipe (2.000 pesos), que suponemos tuvieron ese mismo objetivo. Al parecer, ese año 1892 las elecciones del nuevo Congreso Nacional eran de mucha importancia.²⁴

Los pagos nos muestran el movimiento de la hacienda:

A Tomás Erazo 20 pesos, por subvención al teléfono de la Estación según recibo; pagado 2 pesos, al cochero que ocupó el R.P. el 28 de agosto ppdo. para decir Misa; flete de encomienda de plantas de parras para la Sra. Juana Ross de Edwards; Id. 1 cajón de aceitunas; herraduras para el caballo "Consuelo".

El 3 de septiembre anota el libro:

Comprado 4 ovillos de hilo-cáñamo y un aparato fierro para ellos a 2.50 pesos"; a la Mónica para gastos menudos ("la Mónica" era la encargada de las casas del fundo, se la denomina a veces "llavera" y otras simplemente "ama"), según el llavero Isidro, por quesillos para la Sra. Mercedes M. de Hopfenblatt [esposa del administrador del fundo]; a Gavina Berrios, sueldo por este mes como cocinera de los perros (2 pesos); a Tomás Erazo por su servicio al teléfono de la Estación por presente mes; pagado para herrar el caballo "Pescado". Flete de dos cajones a doña María Luisa. Id de 1 cajón a doña Juana Ross de E.

En el mes de octubre, cuando se trasquila ovejas, el libro registra la existencia de diez carneros finos, los cuales le son encomendados a doña Bernarda Toro; se le paga 1.50 pesos por hacer el trabajo. Se paga por la trasquila 23.90 pesos, lo que nos permite calcular una masa aproximada de doscientas ovejas. En la trasquila trabajan hombres y mujeres. La señora Bernarda aparece innumerables veces, ordeñando las vacas del pequeño establo que surtía de leche a las casas, haciendo trabajos de conservería, aceitunas, huesillos, etc., todo lo que da prueba de su habilidad y capacidad de trabajo.

f) Preparación de las cosechas

En ese mismo mes se arreglaron y fabricaron rastrillos y demás maquinaria pastera, para lo cual don Máximo Gómez pasó una cuenta de 64.50 pesos, habiendo fabricado los rastrillos y sólo comprado los rayos para las ruedas y un par de ruedas nuevas traídas de Valparaíso. Llama la atención la capacidad que había en el predio para reparar, mejorar e incluso fabricar maquinaria. Todos los testigos hablan de la calidad y capacidad de los maestros y trabajadores, de su inventiva.

Habría que anotar que en septiembre se le contrató más personal al hortelano don Alfonso Pérez, para los trabajos de la huerta de las casas del fundo. Las faenas de las nuevas casas continúan y se percibe mucha actividad y preparativos en las bodegas.

Las bodegas de vinos estaban creciendo en esos años, como se puede observar de las pipas y fudres comprados por la hacienda y las obras de adelanto en vasijería que se estaban haciendo. En septiembre aparece don Juan Chaparro a cargo de la tonelería; se lo designa como "tonelero". Se sabe de fletes de maderas de roble desde

24. La familia Foncea, de Los Andes, era de agricultores con ligazones comerciales en Argentina. Don Alfonso Foncea fue desde 1912 encargado del Consulado de Chile en Mendoza. De las otras personas carecemos de antecedentes.

Valparaíso y aparece en las cuentas la fabricación de nuevos toneles. Junto a don Jerónimo Cherblanc, viñatero contratado, trabajaban en las bodegas un bodeguero, don Jorge Segundo Mayer, persona de mucho respeto, ya que en esos años se le muere su madre y el hecho es consignado en varias oportunidades. Claudio Luna era el mayordomo de las viñas y bajo él estaban los sotas y la peonada.

En noviembre la herrería comienza también a mostrar gran actividad. Llegan cajones con partes y piezas de Valparaíso, un flete de mercería, y se contrata más personal a cargo del herrero principal, don José Fernández. El mecánico Hollmann se encarga de arreglar las máquinas para las cosechas. Es solicitado del fundo de Llay Llay, adonde viaja, ya que al parecer servía a todos los fundos de los propietarios. El 6 de diciembre le llegan desde Barón, en Valparaíso, seis cajones de piezas de repuesto que había solicitado, con lo cual aparece en las cuentas componiendo los motores del predio.

La principal actividad en esos meses era la siega y aprensado de pasto. Esta faena se realizaba a trato en el potrero "El Molle", mediante una máquina a vapor. El 6, 7, y 12 de diciembre llegan carros de carbón de piedra para esta faena. Los carros han sido enviados por Saavedra y Benard, a un costo de 14 pesos cada flete. El 17 llegan cien rollos de alambre, también por ferrocarril, y el 24 otro carro de carbón. En ese momento ya estaban funcionando dos máquinas aprensadoras, la del "Molle" y otra dicha "de abajo". Se pagaba por fardo a los aprensadores, siendo el trato de 5 centavos por cada uno. Las cuentas que tenemos a la vista permiten obtener un total de 3.160 fardos pagados en diciembre.

De Nancagua llegaba en diciembre lana para ser aprensada. Al parecer en esa otra hacienda no había este tipo de maquinaria. Los fardos de lana eran luego enviados a Valparaíso para su venta. A don Rafael Arcos, otro maestro tonelero, se le paga por entregar cinco barriles para la bodega, a 1.50 pesos cada uno. El 30 de diciembre se ha enfermado la señora del administrador y se busca una enfermera en San Felipe, la que es traída en coche. Isidro Zúñiga, el llavero del fundo, es enviado a Santiago a buscar al doctor Oyarzún y se le dan 10 pesos para los gastos de este viaje. No sabemos lamentablemente cuál sería la cuenta del médico por esa visita domiciliaria al campo. Sabemos sí que a la enfermera que cuidó a la señora durante doce días se le pagaron 20 pesos.

g) El verano y las cosechas

En enero ya está todo listo para la cosecha del trigo, y llegan echonas nuevas para los cortadores y piezas para las dos segadoras mecánicas, de tiro animal. Se arreglan también los collares de suela para los caballos de tiro, y se pagan 7 pesos por una silla de montar. Se compran diez yugos y una docena de agujas para coser sacos, las que cuestan 40 centavos. El 28 de enero se pagan tres listas de peones separadas, a diferencia de los otros meses, en que corría una sola lista por haber menos personal. Una lista, que agrupa a los cosechadores, es pagada por Cesáreo Barcina y suma 576 pesos; la siguiente lista, del 4 de febrero, fue de 740 pesos, lo que nos estaría señalando el pago de casi doscientos cincuenta trabajadores. En las casas del fundo trabajaban en diversas actividades alrededor de veinticinco personas y en la construcción de las "casas nuevas", unos treinta albañiles y peones ayudantes. Habría que agregar a estas faenas, el personal de las bodegas, y la obra de ladrillos y tejas que en esos días funcionaba a marcha forzada, ya que aparecen dos envíos de carboncillo desde Valparaíso en tren.

El 25 de febrero se pagan canastos especialmente mandados a hacer para encomiendas, y canastos para la cosecha de uva. La docena de canastos era pagada a 2 pesos. Don José Letelier de Talca remite diez fudres por ferrocarril para la bodega y

se envían ocho bultos desde Santiago para armar una prensa de orujo.

La hacienda está en pleno período de cosechas. Los porotos o frejoles se pagaban a 7 pesos la fanega, y se compra una cantidad de "bayos grandes" para la comida de la peonada. Ese mes, de gran actividad, el rancho para los peones costó la suma de 23.50 pesos, muestra de que no era ni muy abundante ni tampoco muy oneroso para la caja de la hacienda. El gasto de las casas del fundo entre el 17 y el 31 de marzo fue de 100.45 pesos, lo que permite comparar. Al parecer, en ese mes estaba la familia de los propietarios, aunque no consta que estuviese doña Juana Ross. Llegan de Valparaíso dos partidas de barricas de cerveza, se contrata un *ayudante extra* de cocina por el mes (20 pesos) y aumenta el lavado de ropa. Por lo general, era de tres a cuatro docenas al mes, y ese mes se lavaron dos veces nueve docenas (a peso cada docena). El 25 de marzo se compraron para la cocina de las casas once pollos, una gallina y cuatro pollonas; el 26, cinco pollos y el 28, un pavo (3.50 pesos) y cuatro pollos. Se ordeñaban diez vacas para las casas y a la lechera se le cancelaba 2.50 por el mes.

La viña, entrando marzo, está casi lista para la vendimia. Se encarga fulminante, munición y pólvora para los "rondadores" de la viña; velas para la bodega del cerro y aceite de nabo, ocho escobas para el aseo de las bodegas. Llegan doscientas duelas de roble americano por ferrocarril, se siguen pagando canastos vendimiadores y fermentadores (canastillos), y llega una bomba para la bodega proveniente de la casa Child y Cia., de Valparaíso.

h) Las cuentas en el fin del año agrícola

En marzo han disminuido los peones a casi la mitad. Las siembras de trigo habían terminado²⁵ y el pasto aprensado estaba en sus últimos cortes (se le daban tres). En abril sólo continuaba la faena de enfardadura de la paja del trigo, a cargo de don Juan González y de Efraín Rivas, cada cual en una máquina. El 11 de abril ha comenzado "la alfalfadura de potreros". Se compró semilla a don Honorato Lazcano y don Ramón Otaegui a 25 pesos los noventa y dos kilos que contenía el saco.²⁶ Los huertos y frutales están en su mejor momento y durante marzo se envían encomiendas grandes (por el costo del flete) de frutas a la parentela de los propietarios.²⁷ La vendimia ha comenzado, lo que ha atraído a la casa del fundo a numerosas personas de la familia propietaria. Este hecho está consignado en las compras de la cocina de las casas. El día 18 de abril se comen once pollos corrientes, once gallinas y cinco pollos grandes. La manducación de volátiles termina el día 21, en que las cuentas de la casa señalan dieciséis pollos y siete gallinas más. La lavandera, María Muñoz, el día 28 de ese mes llevó nueve docenas de ropa, dos colchas y una carpeta que había lavado, por lo cual ganó 11 pesos.

A fines de abril se sacan las cuentas de las diversas actividades; se arreglan los saldos con los aprensadores que trabajaban a contrata, se arregla la siembra de cebada, los fardos —que eran seiscientos diez— se guardan para el invierno, se llama a los chacareros para que paguen sus arriendos, y también se les pide los abonos a los

25. Las indicaciones acerca de la superficie sembrada de trigo ese año son poco precisas; calculamos en 80 hectáreas la siembra y unos 2 mil sacos de producción. El pasto sería de unas 150 hectáreas aproximadamente. Hubo también una siembra de cebada, menor que las anteriores.

26. La cantidad de 1.727 kilos de semilla de alfalfa, lo que permite calcular lo sembrado.

27. "Flete F.C. sobre encomiendas por frutas a las Señoras Juana R de Edwards, María L. Mac Clure de Edwards [sic], Ana Errázuriz de Rodríguez, y señores Carlos Max Clure [sic], Ricardo Ferarí, etc., según detalles en libro de gastos de marzo 4 a abril 5, 1893". El diligente mayordomo-cronista nos da cuenta de las personas relacionadas con la hacienda a quienes se les enviaba frutas. Los fletes costaron la enorme suma de 22.10 pesos.

inquilinos por los suyos. El pago de peones ha llegado a su nivel ms bajo, ya que han partido los peones forasteros. El 29 de abril se paga una lista de sólo 372 pesos, un tercio de lo que se pagaba hacía dos meses en pleno tiempo de cosechas. La bodega, por el contrario, tiene mucha actividad, y sabemos que hay varios toneleros trabajando: don Timoteo Carrasco y don José Ordenes, quien, además de su oficio, era inquilino, con casa dentro del fundo que estaba arreglando y techando, según consta en los permisos que se le entregaban. La vendimia duró ese año entre el 10 de abril al 11 de mayo y se pagó 1.221 pesos a los vendimiadores, que calculamos deben haber sido unos ochenta durante ese mes, ya que ganaban a trato, por canasta, un promedio de 50 centavos, habiendo algunos que hacían cifras mayores.

El año terminaba con las cuentas, las cosechas, los depósitos de las ventas en el Banco de Valparaíso, en la cuenta personal de doña Juana Ross, y en el inicio del ciclo para los habitantes de Quilpué. Los trabajos se habían hecho bien y como correspondía. El año empezaba nuevamente.

4. LOS TRABAJADORES

La hacienda Quilpué era una sociedad local compleja. Nos da la impresión de una comunidad internamente jerarquizada, según cargos y oficios. Era comunidad en la medida en que había una población "nacida y criada" en la localidad, que vivía de un conjunto de recursos que eran de la hacienda: tierras cedidas en contrato de inquilinaje, tierras de regalía, talajes, arriendos de chacras, trabajos de la hacienda, etc. Era una comunidad en la medida en que había una referencia a un recurso común (aunque no propio) y sobre todo, en la medida en que allí se daban los típicos procesos de entrecruzamiento familiar y jerarquización de toda comunidad. Las jerarquías estaban dadas por el reconocimiento que la hacienda hacía de ellas. La calidad de maestro, oficial o inquilino de a caballo, la confería la hacienda; era su reconocimiento el que permitía subir en la *escala social hacendal*.

La sociedad hacendal era una comunidad *dependiente*. La diferencia fundamental con comunidades independientes, es que en éstas el reconocimiento viene de sí misma, de la misma sociedad, ya que los recursos son propios. La gran aspiración de los inquilinos era independizarse. Las comunidades de Encón, Las Coimas (camino a Putaendo), Calle del Medio, Cancha del Olivo, Cancha del Llano, etc., que rodeaban a la hacienda Quilpué, mostraban el camino y la alternativa. La mayor parte de estos "pequeños propietarios" provenían de los inquilinos enriquecidos de las haciendas: mayordomos, capataces, etc., que acumulaban ganados, compraban "un terrenito" en la comarca, o se "emparentaban" con los antiguos propietarios. Era la salida por arriba, al "ascenso social hacendal". No se abandonaba la comunidad, ya que la sociedad hacendal estaba cruzada por múltiples relaciones familiares y de todo tipo con las comunidades de pequeños agricultores independientes de los alrededores, pero se adquiría una cierta independencia.²⁸

a) El inquilinaje en Quilpué

La población ms estable de la hacienda estaba compuesta por los *inquilinos*. Se cuentan en los libros sesenta y nueve posesiones de inquilinos que, siguiendo la tradición

28. La comunidad también era una comunidad de creyentes. Todos los domingos iba el cura del Almendral a decir Misa. Las fiestas religiosas se celebraban con entusiasmo. Muy cerca en Santa María se realizaba una celebración de la Virgen con cofradías y cantos de alféreces. Los entierros parecen haber sido cosa seria, a lo menos por el aporte en dinero que se veía obligada a hacer la hacienda.

antigua, se denominaban "arriendos de inquilinos".²⁹ A ellas debía sumarse las casas de sotras, mayordomos, oficiales y maestros especializados del fundo, que en las listas no aparecen como inquilinos, aunque en la práctica tenían derechos semejantes. Todo esto nos daría unas ochenta familias estables en el fundo, que junto al personal forastero, allegado y de diverso tipo, representa una población aproximada de ochocientas personas permanentes en el interior del predio.

La costumbre del lugar establecía que los derechos de inquilinaje consistían en una cuadra de tierra para sus siembras, la casa y el huerto que la circundaba. La hacienda Quilpué era estricta con los talajes, ya que competían por los pastos con la crianza de la propia hacienda. Sólo los inquilinos de a caballo tenían derecho para talajear su animal de trabajo, y una vaca o vacuno con permiso especial de la administración. Los inquilinos además tenían derecho a recibir la ración de porotos y frangollo, al igual que la peonada, y la galleta de 480 gramos de pan candeal que se repartía dos veces al día.³⁰

La hacienda debía, por tanto, repartir casi cien hectreas en regalías a los inquilinos; si a ello se suman los talajes —que no eran muchos—, los huertos y casas —por lo general un cuarto de cuadra— y otras regalías territoriales, tenemos que casi un quinto de las tierras de riego tenían "un carácter cautivo".³¹

El valor anual de los arriendos no era absolutamente simbólico, aunque al parecer se perdonaba su pago atrasado. Tenemos que en mayo de 1893 pagaron arriendos veinte inquilinos a un promedio de 25.49 pesos. El total recaudado fue de 509 pesos, lo que no era una cifra despreciable.

Los arriendos tenían valores diferentes, y nos imaginamos que las superficies y calidades de las tierras de regalía eran diferentes. Por ejemplo don Gregorio Verdejo, inquilino, en 1892 canceló 50 pesos, quedando en deuda con 2.50 pesos, que canceló en abril de 1893, en que volvió a cancelar 52.50 pesos. En cambio el arriendo Número 69, de Evaristo Pizarro, tenía un valor de 30 pesos. El más barato era de 16.25, de don Jenaro Herrera, y el más caro el ya señalado de Verdejo.³²

29. Recordemos, tal como enseña don Mario Góngora, que el inquilinaje proviene de los arrendatarios del siglo XVII y primera mitad del XVIII; que el endeudamiento y otras circunstancias le hicieron perder su independencia. En la zona de Putaendo y Aconcagua se mantuvo hasta muy tarde la idea primitiva de "arrendamiento". La misma palabra que en otras partes de Chile se ha perdido, allí se mantuvo. Véase lo que dice Baraona acerca de este punto en su libro *Valle del Putaendo* . . . Recientemente, en unas historias de vida se observa lo mismo: Lila Acuña, *Hombres y mujeres en Putaendo* (Santiago, 1986). Dice la mujer, recordando: "Juan tenía arriendo, yo amasaba, cosechaba" (p. 53). Estas personas vivían en la antigua hacienda El Tártaro. Góngora señala en varias partes que los patronos cobraban el arriendo, aunque no fuera sino en forma simbólica, para demostrar la precariedad de la posesión del inquilino. Vemos que esa costumbre se mantuvo hasta fin del siglo pasado en Quilpué. Anualmente se les cobraba los arriendos a los inquilinos.

30. Véase la nota más adelante sobre la fabricación de pan.

31. Denominamos tierras "cautivas" a aquellas que por la costumbre se tenían que entregar como pago de la mano de obra y, por tanto, no podían dedicarse a producción para el mercado. La principal contradicción interna de las haciendas, en el período siguiente, después de 1924, será justamente entre las necesidades de ampliar las tierras dedicadas al mercado y la existencia de tierras y recursos cautivos que no pudieron dinamizar. La incapacidad de la clase terrateniente para "liquidar el inquilinaje" es, sin duda, el problema más profundo que explica la crisis agraria del siglo XX (1930-1970) y la necesidad de intervención estatal. Véase nuestra *Historia social* . . .

32. Esta hipótesis se afirma analizando las listas de nombres que presentamos más adelante. Los inquilinos que no pagan (s/c sin cuota de tierra) por sus arriendos aparecen con oficios y se los conoce por tales. Caso de don José Ordones, inquilino, que aparece como cortador y enfardador de pasto; don Eugenio Ibacache, que aparece como "pircador" y que al morir el año 1884 es señalado como "inquilino"; y varios casos más. Estos "inquilinos" eran trabajadores permanentes del fundo con derecho a casa, regalía y ración. Habían perdido las obligaciones de los antiguos "arrendatarios o inquilinos".

Llama la atención que en los tres años que hemos podido seguir el rastro, sólo veintinueve inquilinos pagaron sus arriendos; únicamente dieciocho fueron puntuales, y el resto pagó a cuenta una parte y luego fue entregando pequeños adelantos por dos años juntos. Podríamos suponer que el resto (casi cuarenta) o no pagaba, o se le descontaba de otros trabajos que realizaba, siendo en este caso más parecido al tipo de inquilino que conocemos en el resto del Valle Central.³³

Si esta hipótesis fuera cierta, tendríamos en Quilpué, aún a fines de siglo, inquilinos con dos tipos de obligaciones: la mayoría, que pagaban los derechos de tierras que les concedía la hacienda sólo con su trabajo y el de los peones obligados. El segundo grupo, como resabio del pasado, pagaría sus derechos en dinero, aportando un peón obligado como parte del contrato. El derecho a no trabajar directamente, a poner reemplazante, se pagaba con el arriendo. Este sector mantenía, por tanto, la independencia relativa de los primeros inquilinos del siglo XVIII.

Quilpué seguía la costumbre de toda la zona central de Chile, que había transitado entre el inquilino-arrendatario, forma antigua en desuso en el siglo XIX, al trabajador-inquilino, forma moderna de uso de la mano de obra rural. Los manuales de uso de mano de obra de la segunda mitad del siglo XIX ya no exigían el pago de los arriendos; sólo señalaban el pago de "renta en trabajo".³⁴

33. Véase el *Manual del hacendado*, de don José Manuel Balmaceda. Lo describimos y comentamos en nuestra *Historia social*... El caso de Quilpué es una excepción. Los cuadernos de otras haciendas que poseemos, ya desde 1875 describen un inquilino que sólo paga en trabajo sus derechos. Esa es la llamada "obligación". El pago de un canon de arrendamiento por la tierra cedida se perdió en la primera mitad del siglo XIX, y sólo persistía en lugares como el aquí descrito.

34. La lista de inquilinos que hemos podido reconstruir es la siguiente:

	Número de la posesión	Pesos del arriendo
Daniel Zamora	53	30
Dionisio Corvalán	17	24.37
Leandro Ojeda	37	30
Jose Ordenes	19	32.50
Bernardo Llanos	54	20
Enrique Villaseca	16	30
Faustino Segura	45	45
Francisco Arancibia	34	30
Domingo Segura	18	20
Basilio Rosas	23	30
Antonio Donoso	43	30
Jenaro Herrera	20	16.25
Benjamín Muñoz	14	20
Felix Fernandez	41	-
José Cortez	30	-
Julián Rosas	31	45
Carmen Silva		22.50
Evaristo Pizarro	69	30
Gregorio Verdejo	32	50
Bernardo Illanes	54	40
Pedro Morales	3	20 (a cta.)
Pablo Herrera	11	30 (id.)
José Nuñez		45
Antonio Donoso		30
Anselmo Nuñez		45
Martin Salinas		30
Manuel Olivares		60
Juan de Dios Arancibia		7.50 (a cta.)
Abraham Ordenes		20
Antonio Morales		s/c
Carmen Neira	s/c	

Eran tiempos en que las personas tenían oficios. Cada uno lo había aprendido de su padre, de un maestro, y era orgulloso de sus conocimientos. Se llegaba a ser maestro tras una medieval escala de ascenso que comenzaba con el trabajo infantil, juvenil, seguía con el cargo de oficial y terminaba en el reconocimiento de maestro por la hacienda y la sociedad local. La hacienda era un sistema radicalmente distinto a la moderna empresa industrial —y también agrícola—, en que los cargos se despersonalizan y desespecializan, la fuerza de trabajo se proletariza y pierde el manejo y conocimiento de la tecnología. En la hacienda se hacía y fabricaba de todo. Los maestros que levantaron el palacio de Quilpué, obra sin duda espectacular, fueron nacidos y criados allí, gente común que sabía su oficio. Lo mismo se puede decir de quienes fabricaron los complejos marcos partidores de aguas, las bocatomas y demás obras de ingeniería hidráulica.

En la hacienda el oficio del maestro era respetado, apreciado y mejor pagado que el de inquilino. Había buenos maestros, que tenían sus cofradías, como la Unión de Artesanos y la Sociedad de Artesanos. En San Felipe todavía se los puede ver en los cuadros y fotografías que cuelgan de las paredes de su Club Social. Vieja tradición artesanal en estas zonas del país.

Los maestros de la hacienda se dividían según especialidades, de las que las principales eran las relacionadas con la herrería, la carpintería y las construcciones de casas, pircas, tapias, etc.; las labores de riego y canales, las que tenían que ver con las carretas y manejo de los vehículos. El aserradero era otro ámbito de especialización. Y en esos años en que la "revolución industrial" llegaba al campo al sonido del locomóvil, la mecánica era el oficio moderno por excelencia; no es por casualidad que el mecánico Hollman fuera un inglés, o a lo menos de apellido inglés.

Sorprende la lista de oficios de la hacienda. No encontramos a los maestros en diferentes oficios; cada uno sigue a lo largo de tres años en su misma actividad especializada. Había respeto por la mano de obra calificada. Santos Canto era el carpintero; hasta que se muere en 1894, Ibacache era el pircador del fundo; otro era el albardero, encargado de hacer las tapias de adobones que hasta el día de hoy, a cien años y varios terremotos, se mantienen en pie. Hacían bien su trabajo.

El 31 de marzo de 1893 se pagaron sueldos a veinticinco empleados que en forma estable había tenido el fundo durante todo el mes anterior. En noviembre y diciembre la cifra había alcanzado a treinta y dos y treinta y cinco respectivamente. Estos sueldos eran pagados en lista diferente que la de los peones e inquilinos, la que se cancelaba semanalmente. A los denominados "empleados" se les pagaba según trato específico y se iba descontando de los "socorros" que solicitaban dos o más veces al mes. Aparte de estos veinticinco a treinta y cinco empleados permanentes, habría que considerar a los empleados "particulares" o de mayor rango y oficio, tales como el viñatero, el administrador, etc., los que no aparecen en la lista.

La hacienda tenía entre veinte y treinta maestros estables. La lista que se presenta es de personas que trabajaron a lo menos dos años, según van apareciendo en las nóminas de socorros:

Juan Herrera	s/c
Serafin López	s/c
Ramón Castro	s/c
Eugenio Ibacache	s/c (*)

29 inquilinos pagaron (1892-1893)

(*) Era pircador del fundo e inquilino. Murió en 1893 y la hacienda le dio a su hermano Pantaleón, cocinero de los peones, 15 pesos para su entierro.

José Hollman	Mecánico
Máximo Gómez	Mecánico segundo
Zoilo Córdova	Oficial mecánico
Exequiel Lepe	Encargado de carretas
Santos Canto	Carpintero
J. Cataldo	Oficial de carpintería
E. Silva	Oficial de carpintería
Baldomero Sepúlveda	Albañil
Rosauro Zapata	Techador
Faustino Segura	Techador
Alfonso Pérez	Hortelano
Benito Palma	Ayudante de hortelano
Hilarión Cifuentes	Juez de río
Matías Figueroa	Tomero (ld. mayordomo)
María Muñoz	Lavandera
Faustina Silva	Lavandera de paños, sacos y otros
José Fernández	Herrero
José Silva	Herrero (reemplazante)
Hilario Zapata	Jefe de obra (casas nuevas)
P. Pérez	Pintor
Lindor Córdova	Cortador de ladrillos
Isidro Córdova	Tejero
Tomás González	Cantero, picapedrero
Gerónimo Cherblanc	Viñatero
Jorge Segundo Mayer	Bodeguero
Rafael Arcos	Tonelero (1892)
Juan Chaparro	Tonelero
Timoteo Carrasco	Tonelero (1893)
Matilde [Masildo] Figueroa	Canastera [o]
Eugenio Ibacache	Pircador
Eliseo Yanca	Pircador (a)
Francisco Olivares	Tapiador, o bardador
Tomás Erazo	Telefonista
Jenaro Herrera	Jardinero
José Cortés	Id.
Evaristo Lobos	Id.
Cruz Montenegro	Id.
Bernarda Toro	Ordeñadora, trasquiladora, etc.
Jerónima Gutierrez	Trasquiladora y lavado de lana
Pedro Lazcano	Amansador de caballos
Baldomero Cantellano	Id.

35. Notas a la lista de maestros y oficios:

- A Eliseo Yanca se le cancelaron 38.33 pesos el 6 de mayo de 1893, por "una cuadra y 100 varas pircas en el potrero Chorrillo". ¿Cuánto demoraba en construir esa pircas? A Eugenio Ibacache, "por 4 cuerdas 37 varas de pircas en Chorrillos, 97.13 pesos", el 5 de mayo del mismo año.
- Estos eran los cocineros para la peonada y las casas en tiempo normal. Cuando la familia iba al campo, iba un cocinero llamado Domingo, especialmente desde Santiago. Aparecen noticias como ésta: "Gastos del cocinero Domingo en venir de Lailai, ir a Santiago y volver con la familia".
- El oficio de panadero habría terminado en 1893, en que comenzaron a aparecer cuentas de gasto en "galleta para los peones", por un tal J. J. Canelo, posiblemente una panadería en San Felipe. Esto ocurría en la mayor parte de las haciendas modernizadas de fines de siglo. Véase Segundo Tomo de *Historia social de la agricultura chilena* (Santiago, en prensa).
- Minero del fundo a cargo de una mina que allí había. No tenemos más datos. Era pagado por el fundo.
- No sabemos el nombre del ovejero, pero se le pagaba 0.25 pesos diarios, 7.75 pesos mensuales.

Claudio Luna
 José Carmona
 Emilio Segura
 Hilario Zapata
 Fidel Orrego
 Pantaleón Ibacache
 Juana Valdez
 ... (c)
 Juan González
 Juan G. Vicencio
 "Mantera" Orrego
 Juan José Briceño
 Exequiel León
 José María Montenegro
 Máximo Cifuentes
 ... (e)
 Fidel Leiva
 Benito Palomo

Herrador de caballos
 Capador
 Cochero
 Custodio de las casas
 Mozo de las casa
 Cocinero (b)
 Cocinera
 Panadero
 Aprensador (jefe de faena)
 Talabartero (sillas de montar)
 Tejedora de mantas
 Leñero
 Rodrigonero
 Chacarero (arrendatario)
 Minero (d)
 Ovejero
 Cuidador de riegos
 Carbonero

De los cincuenta y nueve oficios que aparecen en la lista, algunos eran permanentes en el fundo, como los ligados a la carpintería, a la construcción de casas, a la herrería, a las mejoras de cierres y tapiales, etc. Otros eran temporales, como los de amansador de caballos, capador, tejedoras de mantas, etc. Sus nombres no aparecen en las nóminas de inquilinos, peones y otros, por lo que podemos suponer que eran campesinos independientes de los alrededores o personas que vivían en San Felipe y tenían este oficio. Eran llamados cuando se los requería.³⁶

c) La administración de la hacienda

Un jerarquizado cuerpo administrativo manejaba cotidianamente la hacienda. A la cabeza estaba el *administrador general*, quien reemplazaba al patrón o propietario. En este caso se trataba de una persona de rango técnico, posiblemente extranjero, y que tenía muchas prerrogativas. Vivía en las casas de la hacienda con su familia, comía de las casas y posiblemente en el comedor con los propietarios cuando éstos visitaban el fundo; giraba en la cuenta bancaria, se le lavaba la ropa por cuenta de la hacienda, veraneaba en Jahuel, participaba en la política local, y llevaba todos los asuntos del campo. No es fácil determinar el sueldo del administrador, ya que los libros lo muestran retirando dinero a cuenta posiblemente de utilidades. No aparece tampoco con derechos de tierras ni realizando labores agrícolas o negocios por su cuenta.

A continuación vienen los *mayordomos*, *capataces* y demás cuerpo de administración, compuesto por personas de la misma hacienda que habían ascendido a puestos de confianza. Tenían sueldos por su labor y derechos de tierras y talajes. Posiblemente esas tierras las trabajaban con peones contratados, los que obviamente no aparecen en las cuentas generales. Sus salarios eran considerablemente mayores que los de los maestros, inquilinos y peones. Era la "gente de a caballo", como se decía en la época, y la demostración está en que la hacienda les proveía cabalgaduras, las herraba, etc.

36. Lamentablemente el Censo de 1895 nos entrega antecedentes de oficios sólo a nivel del departamento de San Felipe, que en ese entonces era muy grande. De todos modos, el hecho de que el Censo señale con claridad cada profesión u oficio muestra la estabilidad de éstos. Véase *Censo General de la República*, 1895, p. 541.

La estructura administrativa puede verse en el siguiente cuadro:

Administración de la hacienda Quilpué

Carlos Hopfenblatt	Administrador
Raimundo Prado	Mayordomo
Claudio Luna	Mayordomo de las viñas
Matías Figueroa	Mayordomo del canal o tomero
Daniel Ibaceta	Ayudante de mayordomo
Isidro Zúñiga	Llavero
Eliseo Vignes	Contador (externo)
Cesareo Bárcina	Capataz
Elías Galaz	Vaquero ³⁷
Manuel Segundo Cantellana	Vaquero o potrerizo (caballos)
Evaristo Pizarro	Sota
Lindor Quiroga	Sota del potrero "Los Molles"
Rosendo Cabello	Sota del aserradero
Mónica Flores	Llavera de las casas
Rosa Zamora	Ayudante de "la Mónica"
Encarnación Fernández	Ayudante de cocina (1894, verano)

El llavero Isidro y la llavera de las casas tenían lo que hoy día se llamaría "caja chica", esto es, un dinero para gastos corrientes, de los que debían dar cuenta al mayordomo, quien llevaba los libros de caja y que posiblemente es el cronista de quien hemos extraído estos datos. Doña Mónica Flores, que aparece en los libros como "la Mónica", mandaba en las casas del fundo; tenía a su cargo las compras de alimentos, contrataba a los ayudantes y mozos, etc. En algunas relaciones aparece también como inquilina, y por tanto con derechos de tierras, pero en ninguna parte aparece pagando "arriendos de inquilinaje".

El llavero Isidro aparece encargado de llevar el control de las herramientas del fundo, de señalar su estado y necesidades de reparación, etc. Llevaba también el negocio menudo con los inquilinos, comprándoles productos para "la despensa" del fundo, que también controlaba. La "despensa" era la provisión de alimentos que se tenía para el "rancho" de los peones. Era necesario tener una buena cantidad de porotos, frangollo, ají de color y picante, zapallos, grasa, etc. Para abastecer la despensa se compraba a los inquilinos y vecinos, se encargaba a otros fundos de la familia—por ejemplo, los porotos se traían de la hacienda Nancagua—, y se compraba a algunos abastecedores permanentes. El señor Clavijo era el abastecedor de grasa, charqui, carne, etc., y a él se le vendía animales. El llavero Isidro aparece en las cuentas casi semanalmente entendiéndose con este personaje, con el cual lo debe haber unido no sólo una relación comercial.

Los *mayordomos de viñas y de canal* tenían cada uno a su cargo esas importantes y especializadas labores de la hacienda. El mayordomo del canal es llamado también "tomero", esto es, el encargado de la toma de agua o bocatoma. Su mayordomía se ejercía principalmente en las construcciones y reparaciones de canales y en las "limpias", faenas, como se sabe, de la mayor importancia en una agricultura de riego como la de Quilpué.

El *capataz* era otra de las autoridades del predio. Estaba debajo del administrador y casi al mismo nivel del mayordomo. Pensamos que el mayordomo estaba dedicado más a la administración económica de la hacienda y el capataz más a la

37. El vaquero Elías Galaz tenía mediería con el fundo y le vendía porotos para las raciones y ranchos (1893).

producción "en terreno", con un control más directo sobre la mano de obra. Es por ello que aparece don Cesareo cobrando las multas y castigando a los peones.³⁸ El capataz era también pagador de peones, vigilante, hombre de confianza de las casas. El señor Barcina, al igual que el señor Prado, sabían obviamente leer y escribir, llevar cuentas, y pertenecían a la clase media en ciernes, de San Felipe. Aparece don Cesareo (o Cesario) girando en la cuenta bancaria, haciendo depósitos, encargándose junto al mayordomo de los pagos en aquellos meses en que había más de una lista que pagar, por existir gran cantidad de personal. La hacienda le ponía caballo y a veces coche, para el cual se tenía preparada permanentemente "la piara de don Cesario Barcina". Esta era sin duda una situación que no ocurría en todas las haciendas, donde el capataz era una persona más iletrada y de menos rango.

La ganadería del fundo estaba al cuidado del "vaquero", don Elías Galaz, que era un campesino, inquilino de a caballo, hombre sin letras. Le daba cuenta al capataz y al mayordomo del movimiento ganadero del fundo, que en el caso de Quilpué no era muy grande, ya que la lechería permanente era pequeña (diez vacas promedio en ordeña). Tenía como ayudante a un vaquerizo, a veces apodado potrerizo, quien se encargaba de los cierres de los potreros donde estaban los animales y en ciertas épocas del cuidado especial de los potrillos y potrancas. Aparecen multas en su contra por haber dejado un potrero abierto, haber roto una reja, y situaciones parecidas.

Los *sotas*, o también llamados por la gente "ministros", eran los vigilantes a cargo de una faena específica; eran los jefes de cuadrilla, que como en la baraja, mandaban a diez hombres. En general el sota era un campesino o inquilino mayor, de confianza de la administración. Andaba a caballo, no trabajaba directamente sino que dirigía, controlaba y supervigilaba la faena. Si se trataba de faenas complicadas se le pagaba un tanto más, como hemos visto en el caso de don Rosendo Cabello. Si los peones ganaban 20 centavos, el sota ganaba 50.

d) Los peones

La masa laboral era la peonada del fundo. Ahí se mezclaban los peones obligados que ponía cada casa de inquilinos, fueran arrendatarios o no. La "obligación" en Quilpué era de "echar un peón", esto es, poner a disposición de la hacienda un trabajador, por la paga normal y la ración, sin derechos de tierra. Esta era la masa peonal permanente del fundo. Por los apellidos podemos percibir que se trataba de parientes cercanos, en la mayor parte de los casos hijos de inquilinos. El hijo mayor reemplazaba al padre y pagaba la "obligación" con la hacienda. "Reemplazante" le decían también.

Junto a este grupo de peones internos a la hacienda, estaba la *peonada afuerina*. Se componía esta peonada de dos tipos: unos peones que procedían de las cercanías de la hacienda y que venían durante casi todo el año a trabajar a ella, y otros que venían sólo en las temporadas de cosechas y eran de lejos. A estos últimos les decían "forasteros". La hacienda tenía en ese entonces unos ranchos de paja donde se alojaba la gente forastera. Estos "colectivos", como se llamaban, eran de quinchá blanqueada a la cal y techo de totora. Lo podemos saber por los gastos de reparación que allí se hacían y que aparecen en las cuentas. Recibían ración de comida y galleta campesina (pan). En tiempos de cosechas los salarios para esta peonada afuerina eran un poco

38. El régimen de multas era muy severo. Prácticamente todas las listas semanales poseían devoluciones por multas. Los *sotas* y personal de vigilancia eran los encargados de juzgar y cobrar. Por ejemplo: "Multa de 2 pesos impuesta a Lindor Quiroga por haber quebrado dos postes de alumbrado". Multas por expender licor. Multas por falta de peón a un inquilino, etc. Asimismo, aparecen peones entregados a la policía de San Felipe por diversos motivos.

más altos que durante el año.

La hacienda funcionaba con un grupo estable de administración, un grupo estable de maestros, inquilinos y peones. Las variaciones de mano de obra entre una temporada y otra eran pronunciadas, tal como se puede ver en el cuadro del Apéndice I.

No es fácil analizar estos datos, ya que no siempre es clara la causa del aumento de peones. Podemos establecer algunas evidencias. El momento más alto se da el 20 de febrero, en que las cosechas están realizándose. En 1892-93 hubo más actividad agrícola que en 1893-94, lo que redunda en que en el segundo año analizado las necesidades de personal fueran menores.

En el primer año se junta a la actividad agrícola la construcción del Palacio de Quilpué, como hemos dicho.

Terminadas las cosechas hay un momento de baja sustantiva en la mano de obra, la que se recupera con diversos trabajos de invierno, como hemos visto en la sección anterior. Llama la atención el alto nivel de trabajo de invierno, que algunos años sólo en agosto se ve disminuido. Se podría pensar que las semanas de lluvia están claramente marcadas por disminución en el pago a peones. Los días posteriores a las Fiestas Patrias, en dos casos en que el 18 de septiembre cae a mitad de semana, disminuye la gente que sale a trabajar.

La variación en la mano de obra era muy alta, y por ello existen tantos relatos de las masas de peones "torrantes" que andaban por los caminos buscando trabajo. Podemos calcular que el 25 de febrero estarían siendo pagados entre setecientos y mil peones.³⁹ Esto significa una masa enorme de mano de obra, viviendo de cualquier modo en las orillas de los potreros, como se las vio hasta hace no mucho tiempo. Los pagos se hacían a hombres, mujeres y niños (0.15 centavos diarios, contra 0.60 los de un hombre mayor en trabajo especial). Las cantinas de San Felipe deben haber tenido bastante trabajo.

En marzo había comenzado a disminuir el trabajo y se "cortaba" a los peones forasteros. El 15 de abril la masa peonal había disminuido en 4.5 veces, con unos cien peones trabajando (véase nota 39). Mayo de 1884 aparece como el momento de menor trabajo en la hacienda Quilpué en los años de que tenemos datos. Hay una relación de ocho a uno entre este momento y el de más alta demanda de mano de obra.

39. No tenemos el detalle de los salarios; por lo tanto, sólo nos podemos aproximar al número de peones que trabajaba esa semana. Los salarios a los peones en el mes de agosto, del que tenemos detalles, variaban entre 0.60 y 0.15 pesos. "Manuel Paredes impagos en Lista 417 y 418, un día a 60 ctvos y 5 días a 15 ctvos. A Serafín López, 5 días a 60". A continuación hay varias listas de pagos en que se ve la variación del salario: Jenaro Herrera a 0.20 pesos; Ramona Cortés a 0.25; Evaristo Pizarro a 0.20; Viteria Córdova a 0.25; Evaristo Pizarro (noches) a 0.20; Serafín López, cinco días a 0.60; Evaristo Pizarro (sota), tres días a 0.40; Samuel Fernández, siete días a 0.30; Luciano Montenegro, cuatro días a 0.40; Santos Moya, cinco días a 0.60, y así siguen interminables las listas. El promedio que se puede sacar es de cinco a seis días de trabajo, ya que son muy pocos los peones pagados por siete días. El máximo pagado es de 60 centavos por día, siendo el promedio entre 20 y 30 centavos. Tengamos en cuenta que don Benito Palma, ayudante del hortelano y permanente en la hacienda, recibía 25 pesos mensuales, y el sueldo del viñatero segundo, don Melchor Fernández, era de 30 pesos.

Esto significaría que podríamos establecer un promedio bajo y uno alto, para calcular la cantidad de peones que trabajaban. El bajo sería un promedio de cinco días de trabajo a la semana a 25 centavos por día (1.25 pesos promedio). El promedio alto correspondería a seis días de trabajo (se pagaba sólo día trabajado según lista, esto es, la raya puesta en el libro de lista) a 4 pesos diario (2.40 pesos promedio.) De esta forma calculamos los siguientes promedios para 1884:

Día y mes	Alto	Bajo
25 de febrero	587	1.127
15 de abril	128	247
8 de mayo	71	136

La alta estacionalidad de la mano de obra ha sido siempre una característica de la agricultura chilena, producto del clima y mediterraneidad de sus valles. La presencia de grandes masas vagabundas durante la Colonia, el siglo *xx* y buena parte del siglo *xxi*, es explicada por este hecho. Los patrones nunca se hicieron cargo de la mano de obra en los periodos de "paro". Para ello se favorecía la "campesinización" de esta peonada, su instalación en poblados, su radicación en algún campo donde pudieran "capear el temporal" cuando la hacienda no los necesitaba.⁴⁰

A pesar de lo dicho sobre la alta estacionalidad, la hacienda, con su multiplicidad de actividades, trataba de mitigarla. También esta concepción provenía de las antiguas tradiciones latinas y jesuitas. Se concebía como un elemento negativo que hubiese tanta variación en las necesidades de mano de obra y se buscaba todo tipo de trabajos para mantener algún nivel de estabilidad. Se recomendaba realizar en invierno una serie de faenas destinadas a mantener en buen estado la hacienda.

Podemos observar que en los momentos de menos trabajo en la serie, tomando el criterio conservador, no había menos de setenta peones en las labores. El promedio, se puede observar, era de unos doscientos a trescientos peones permanentes. Estos deben haber sido los propios inquilinos-trabajadores (alrededor de cuarenta), los peones permanentes no inquilinizados, y aquellos provenientes de las pequeñas propiedades de las inmediaciones. El fundo tenía una población —como hemos dicho— de más de ochocientas personas, y a lo menos un tercio trabajaba en forma permanente. Recordemos que los niños eran "echados a trabajar" a muy temprana edad.

e) La escala social de la hacienda

La hacienda poseía una fuerte estructura jerárquica. Hay una pirámide de mando, control y organización. Pero se puede ascender por esa pirámide. Esa era la *gran capacidad integradora* que tenía la hacienda. A nuestro modo de ver, allí reside la explicación más profunda de la *estabilidad del latifundio en Chile*.

Es evidente que los sueldos en metálico que se pagaban eran exigüos. Una gallina valía un peso y el salario diario de un peón no alcanzaba ni a la mitad de esa cantidad. El acceso a los artículos de tipo urbano e industrial estaba totalmente vedado. En esas condiciones, se podría pensar, habría habido una rebelión peonal masiva, como ocurrió en ese mismo periodo en Rusia, México y muchos otros lugares del mundo. La estabilidad del latifundio permitió y dio soporte a la estabilidad de la sociedad y el Estado.

La integración provocada por este sistema piramidal era real. Se podía comenzar de niño como peón, continuar aprendiendo algún oficio, casarse y solicitar derechos de inquilinaje. En la medida en que se tenía buena relación con los sotas, mayordomos, administrador y patrón, se podía obtener el derecho de inquilino, y se podía pasar a un plano superior. De allí el campesino podía seguir su "carrera" hacia los puestos administrativos, acumular ganado, sembrar "a medias", desarrollar su propia microempresa campesina en el interior de la hacienda. Don Elías Galaz, vaquero del fundo, aparece vendiendo una buena cantidad de porotos "bayos grandes" para la comida de los peones, vendiendo animales y pagando por talajes a la hacienda (esto por tener más animales de los permitidos); en fin, don Elías ya estaba

40. Gabriel Salazar (*Labradores, peones y proletarios*, Santiago, 1985) ha tratado en detalle el tema de los peones y las políticas de radicación en el siglo pasado. En nuestra *Historia social de la agricultura chilena* también tratamos en detalle el tema del vagabundaje en el siglo pasado, sin duda una de las cuestiones más importantes que ocurrieron en la sociedad chilena de ese tiempo. La actual situación de los "temporeros" tiene una larga historia. La vía de la campesinización en localidades cercanas quizá vuelva a ser planteada.

a punto de llegar a la cumbre de la escalera y, por tanto, tenía la oportunidad de independizarse, como se ha dicho más atrás. Aunque se tratara de uno en un ciento el que lo lograba, el camino estaba abierto.

Los medieros de Encón y alrededores aparecen con los mismos apellidos de las familias inquilinas. Eran los que se relacionaban con la hacienda "desde afuera". Hicieron "la carrera del campesino" y se independizaron. Don Jesús Ibacache, pequeño propietario, le vendía al fundo. Esa independencia era importante.

Esta sociedad hacendal no era estática. Es verdad que no se podía llegar a ser patrón, como los patrones, pero sí se podía llegar a ser propietario y ser llamado "Don". La "subordinación ascética", como hemos denominado a este proceso, explica el funcionamiento por tantos siglos de la sociedad hacendal, su perdurabilidad y estabilidad.

5. LAS CUENTAS DE LA HACIENDA

¿Qué sentido económico tenían estas haciendas para un banquero como Edwards? ¿Se trataba solamente de una manera de autotorgarse prestigio y lujo? ¿Cuán relacionados han estado en la historia de Chile los sectores financieros, comercial y terrateniente de la oligarquía y clase alta nacional? Son preguntas históricas importantes, pero difíciles de abordar. La monografía permite quizá decir algo más específico que una simple hipótesis.

Si analizamos el movimiento económico de Quilpué en los años que estamos estudiando, quizá podamos acercarnos más a una comprensión racional del fenómeno.

Hemos revisado los depósitos bancarios de la hacienda a la cuenta del propietario, durante los dos años que estudiamos (véase Apéndice II). No podemos precisar exactamente si éstos corresponden a toda la producción de la hacienda. Pareciera que en estos depósitos no está incluido todo el trigo, el que se vendía directamente a las casas comerciales de Valparaíso, que lo exportaban. Por lo que permiten ver los libros, estas "ganancias" provenían de las ventas que hacía la hacienda. Están consignadas las ventas de pasto, chichas, aguardientes y vinos, todos los productos pecuarios, etc. Es por ello que los meses de mayor movimiento financiero son aquellos en que se está vendiendo el pasto aprensado. En los meses del verano, en que crece la actividad (más gastos de mano de obra), no hay salida de dinero de la hacienda, lo que se refleja en que no hay depósitos.

La hacienda tenía un avalúo de un millón 700 mil pesos, lo que equivaldría a una renta potencial o esperada de 136 mil pesos anuales, calculando una tasa de interés de un 8 por ciento anual, y 100 mil si se considera una tasa del 6 por ciento sobre el capital. Edwards era banquero y sabía de tasas de interés. La renta que aparece en nuestras cuentas es casi la mitad de la señalada: 51.838 pesos para el año 1892 y 58.652 pesos para el 83. El trigo producido era aproximadamente dos mil sacos, lo que habría significado unos 9.140 pesos; y si se supone que los costos están absorbidos por los gastos de la hacienda, serían unos 9 a 10 mil pesos más. En definitiva, la hacienda en esos años operaba con un nivel de rentas equivalentes a un 60 por ciento de la renta potencial, considerada ésta según el avalúo del predio. Si se tomara en cuenta el precio comercial, esta cifra sería mucho más baja.⁴¹

41. En 1871 se le señalaba a don Tadeo Reyes, propietario en ese entonces de Quilpué, una renta anual de 23.700 pesos. Esta cifra estaba basada en el reavalúo de propiedades rústicas y, por tanto, tenía carácter oficial; seguramente la hacienda estaba subvaluada. Llegamos a similar conclusión que Bauer en su estudio del Huique. Dice: "En todo caso, la hacienda no producía bastante. ... El ingreso anual promedio en 1854-1859 fue de 15.696 pesos, lo que representa un rendimiento de la inversión de 4.5 por ciento. Esto plantea varias cuestiones. ¿Por qué invertir o tener dinero en la tierra, si podían obtenerse ganancias mayores en otra parte?" A. Bauer, "La hacienda El Huique", en: *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina* (México, 1975). En Quilpué la tasa de rendimiento era similar, alrededor de un 4 por ciento.

La tesis de que la agricultura chilena nunca entregó grandes rentas y de que su importancia fue más política que económica,⁴² se ve demostrada en este caso. El valor de la tierra y los inmuebles era mayor que las rentas que podía entregar. Por tanto, existía un "valor subjetivo" de la tierra, que la sobrevaloraba de su poder rentístico intrínseco.

No sabemos, lamentablemente, si la hacienda estaba hipotecada en esos años. No sabemos tampoco la relación de estos activos con el Banco de A. Edwards. Pero podemos suponer, siguiendo a Arnold Bauer, que por allí provenía la sobrevaloración anotada. Las propiedades permitían contraer hipotecas, avalar operaciones mercantiles, etc. No podemos probar esta hipótesis, pero pareciera plausible.

Hemos detallado en el Apéndice II el número de depósitos, para llamar la atención sobre otro asunto que nos parece interesante. La hacienda, aunque quizá no entregara grandes sumas de dinero, las entregaba en forma constante. Las cuentas parecen reflejar un goteo persistente de recursos monetarios, y como se ha visto, de bienes alimenticios. No aparecen inversiones o ingreso de recursos extra agrícolas a la hacienda. Incluso la lenta construcción de las casas o "palacio de Quilpué" se va haciendo con gastos de la propia hacienda.

Estamos, por tanto, frente a un sistema de producción que se autoalimenta, se autosostiene y que entrega recursos hacia otros sectores de la economía. Estos recursos no son muy grandes, pero son sostenidos.⁴³

6. CONCLUSION: RAZON Y SIN RAZON DEL SISTEMA DE HACIENDAS

Bajas rentas, autosostenimiento de la producción, fuerte poder social y político sobre una población estable, son algunas de las características que vemos en la hacienda a fines del siglo pasado. En el interior de la hacienda, una sociedad funcionando. Población viviendo en su interior, jerarquías internas, pago en especies, bajo salario metálico; un sistema, en fin, de gran estabilidad.

La burguesía mercantil y financiera de la época se adaptó al sistema semicapitalista de las haciendas. Era su fuente, también, de recursos netos. Permitía operar con una baja rentabilidad, pero con una alta seguridad. Una doble cara de la "moderna clase mercantil". En la ciudad realizaba los negocios más adelantados de su tiempo; en el campo, se atenía a la costumbre. No se expandieron las relaciones de trabajo modernas al campo, no se expandió el capital y el capitalismo. En esta relación reside, a nuestro modo de ver, la estabilidad del latifundio en Chile.

La construcción del parque y "palacio de Quilpué" a fines del siglo pasado es un símbolo. Allí se instauró una suerte de "señorialismo burgués". Una mezcla de señorío tradicional con las modernas ideas liberales de la época. Esta burguesía se "señorializó" en la medida en que se afincó a la tierra. Los mineros del siglo pasado, los comerciantes, los profesionales liberales, se fueron haciendo parte de la clase terrateniente. Mantuvieron distancias, pero concordaron con ella en no reproducir las

42. Tesis que hemos desarrollado en nuestra *Historia social*. ... Si bien la renta era inferior al valor, debemos señalar que, en términos absolutos, una renta de esta naturaleza no era para nada despreciable. Tal como dice Bauer: "Es difícil decir lo que significaba un ingreso de 15 mil pesos anuales (que era la renta del Huique entre 1854-1859). El general de mayor graduación ganaba 4.500 pesos, y el Presidente de la República, 18 mil pesos".

43. Roger Bartra habla de la "acumulación primitiva permanente" como el proceso económico que caracteriza a las haciendas en América Latina. En nuestro trabajo teórico *La hacienda latinoamericana* (Quito, 1978) formalizamos esta idea sobre la base de un modelo. En términos teóricos, esto explica que se reproduzcan las relaciones semisalariadas y que la relación social capitalista (el capitalismo) no haya ingresado plenamente en el campo. La hacienda producía rentas y no ganancias capitalistas, las que habrían permitido reproducir el proceso. Aquí hay extracción sistemática de recursos.

relaciones capitalistas en el campo. Toda la clase alta se hizo, de una u otra forma, rentística. A pesar de su origen y de su discurso, un hijo de Quilpué, don Gustavo Ross, va a ser en 1938 el contrincante en las elecciones presidenciales de don Pedro Aguirre Cerda. El antiguo liberal llevará en esa importante contienda la bandera de la derecha oligárquica. Los mercaderes también se habían transformado en señores.

APENDICE I

Variaciones de mano de obra según mes

(Pago de peones en la hacienda Quilpué según listas semanales. 1892-84)

Año/mes/día	Lista	Pesos
1892		
Junio		
18	414	406,40
25	415	608,60
Julio		
2	416	540
11	417	538,60
16	418	597,49
23	419	547,80
30	420	529,62
Agosto		
6	421	531,40
13	422	487,05
20	423	461,49
27	424	440
Septiembre		
10	425	564,24
17	426	464,89
24	427	548,14
	428	623,42
Octubre		
1	429	783,60
8	430	706,75
15	431	642,70
22	432	688,67
29	433	477,36
Noviembre		
5	434	368,96
12	435	500
19	436	557
26	437	698,97 (y albañiles)
Diciembre		
3	438	669,16
10	439	537,64
17	440	609,79
24	441	618,94
31	442	598,08

1893		
Enero	443	641,84
	444	648,25
	445	685,91
	446	826,88
Febrero	447	976,13
	448	1.183,56
	449	1.240,57
	450	1.409,37 (25 de febrero)
Marzo	451	1.112,24
	452	829,08
	453	821,70
	454	807,06
Abril		
1	455	593,59
8	456	571,16
15	457	309,64
22	458	353,40
29	459	372,97
Mayo		
6	460	357,49
13	461	398,95
20	462	518,62
27	463	600,62
Junio		
3	464	609,22
10	465	809,74
19	466	659,04
26	467	709,92
Julio		
1	468	306,68
8	469	775,60 (pago de saldo anterior)
16	470	656,22
22	471	735,82
29	472	630,25
Agosto		
5	473	784,21
12	474	807,46
19	475	624,36
26	476	833,77
Septiembre		
3	477	782,51
11	478	687,51
17	479	580,11
23	480	339,76
30	481	605,78

Octubre		
7	482	664,48
14	483	604,20
22	484	471,55
28	485	478,93
Noviembre		
4	486	279,72
11	487	406,64
18	488	395,49
25	489	493,05
Diciembre		
2	490	486,56
9	491	409,29
18	492	505,29
23	493	549,52
30	494	412,10
1894		
Enero		
5	495	407,72
15	496	418,72
20	497	514,96
28	498	512,57
Febrero		
10	499	637,10
17	500	601,34
24	501	735,56
	502	711
Marzo		
3	503	568,32
10	504	550,12
17	505	529,76
24	506	205,74
31	507	313,22
Abril		
7	508	292,12
14	509	255,92
25	510	218,82
28	511	178,20
Mayo		
8	512	171,32
12	513	349,70
19	514	211,52
28	515	234,04
Junio		
9	516	480,06
	517	501,84
16	518	537,79
23	519	541,71
30	520	423,21

Julio		
7	521	584,26
14	522	596,72
22	523	454,45
30	524	356,24
Agosto		
3	525	595,39
11	526	632,67
20	527	455,17
26	528	580,89
Septiembre		
1	529	596,22
8	530	581,64
15	531	601,97
22	532	303,66
29	533	481,47
Octubre		
4	534	542,52
13	535	511,98
20	536	556,12
27	537	514,67

APENDICE II

Depósitos realizados por la hacienda Quilpué, a cargo de don A. Edwards. 1892-83

<i>Fecha</i>	<i>Número de depósitos</i>	<i>Monto Subtotal *</i>	
En el Banco de Valparaíso:			
1892			
Julio	5	3.550	
Agosto	6	6.229,90	
Sept			
2-3	2	4.860	
5-7	2	2.100	
9	(a terceros)	6.000	
15	1	3.056,82	
22	1	4.000	
30	1	1.000	
Octubre	3	11.088,23	
Noviembre	5	7.752,20	
Diciembre	3	1.701,11	
1893			
Enero	1	500	
Febrero	-		
Marzo	-		
Abril	-		
		51.838,26	171
Mayo	4	6.661,58	
Junio	7	9.271,28	
Julio	6	16.464,67	
Agosto	3	3.822,60	

Agosto	5	6.361,40
Septiembre	6	5.385,25
Octubre	5	4.167,03
Noviembre		1.814,25
Diciembre	3	1.359,18

En el Banco de Chile:

Enero	601,67	
Febrero	600	
Marzo	550	
Abril	1.593,96	58.652,87
Mayo	500	
Junio	2.202,05	
Julio	6.596,05	
Agosto	6.005,87	
TOTAL	125.795,10	

* Subtotales indican fin del año agrícola.